

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XII

1º DE ABRIL DE 1903

Nº 271

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
Este 4 — Número 14
CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



EL ANGEL Y LAS SANTAS MUJERES. — Por G. Doré



JESUS!

Leyendo á Renán.

La tarde azul, nostálgica, serena,
Bañaba las llanuras de Esdreon,
De aquellas melancólicas tristezas
De los divinos Salmos del Señor!

De los verdes viñedos se esparcía
Como escapado aliento del Edén,
Como el eco del canto de Isaías,
Y el ritmo de la frase de Daniel;

En la alfombra oriental de sus higueras,
Cual oveja extraviada del redil,
De la modesta Nazareth, la aldea,
Se destacaba blanca, en el confin;

En la azulada soledad del cielo,
Erguían los montes su angulosa faz,
Y enarcando sus hombros «El Carmelo»
Para abreviar su sed se hundía en el mar;

Por el sendero que á Occidente guía,
Tras las desnudas plantas de Jesús,
Y al fulgor de su túnica divina,
Desfilaba la ardiente multitud:

Allí el creyente incrédulo: allí Pedro,
El que acreció su fuerza en el afán,
Y encalleció su mano sobre el remo
Orientando la barca sobre el mar;

Allí la frente erguida de Mateo
Como una blanca página; allí Juan,
El que durmió en los brazos del Maestro,
El que escuchó su pecho palpar;

Allí el rostro agitado del discípulo
Con extraño perfil; el delator
Reflejo del infiel; junto al tranquilo,
Semblante sonreído de Simón;

Alegres, sudorosos y risueños
Entre la ola impetuosa del tropel,
Con la cara bañada de reflejos,
Los blondos niños, *los que van á Él*;

Y entre el coro de hermosas galileas,
Que ciegas de pasión iban allí,
Blanca y encantadora, Magdalena,
Como si fuese un sueño de David;

Y llegaron al límite en que empieza,
El reino de mortal desolación,
Do el aliento abrasado de Judea,
Proyecta sobre Oriente su fulgor;

Donde el aire letal de los desiertos
Poblado de espejismos, espectral,
Arroja sobre la onda del Mar Muerto,
Como la luz oscura de otra edad;

Y allí, huésped confiado de las fieras,
Hallaron, al que Mago del amor,
Bajo su mano pálida de asceta
Deshilaba las crines del león!

Al que huyendo al bullicio de la vida,
De la tranquila soledad al rumor,
En el lenguaje inmaterial de Elías
Hablaba con las águilas de Dios;

Y de la muerte tarde en el silencio
Que presagia las olas del *simun*,
Frente á los mudos cielos y al desierto,
En los brazos de Juan cayó Jesús!

Y habló Juan: su palabra enrojecida
Y severa: era llama y era luz;
(La multitud al escuchar tenía,
De la oración la mística actitud).

Y señaló los vicios de los hombres:
Pueblos y reyes bajo lepra igual;
Y señaló en la noche del desorden
Una eterna justicia ¡sin piedad!

Y trazó en sus visiones, iracundo,
Entre el espanto de la humana grey,
Sobre el desquiciamiento de los mundos
Las alas de vampiro de Luzbel;

Y Jesús—su mirada era una aurora,—
Abrazando al hermano dijo: «Juan,
Dios escribió esta luz: *Misericordia*,
Sobre esta negra sombra: *Sin piedad*.»

M. PIMENTEL CORONEL.

EL CANTAR DE LOS CANTARES

(PARÁFRASIS)

I

LA AMADA

Bésame con el beso de su boca,
Porque es más dulce amor que vino añejo.
En mi ardiente pasión, en mi ansia loca,
Al óleo bienoliente derramado

El nombre de mi amado,
Del que es mi bien, semejo.

*

Ya á mi reclinatorio, retirada,
Le miro entrar: la estancia sosegada
El nardo llena en deliciosa aroma;

Mis ojos de paloma
A sus ojos buscaron,

Y en ellos nuestras almas se besaron
Con el amante exceso
Del más intenso y prolongado beso.

*

Morena soy y hermosa
Como las tiendas de Cedar; airosa
Como la torre de David; mis senos
Redondos, relevados,

Así como dos fértiles collados
De secretos de amor y hechizos llenos.
Ven, amado, y aplaca mi martirio,
Soy flor del campo y de los valles lirio.

*

Tú eres el manzano,
Ornato y gloria de la verde selva:
Sosténgame tu mano
Porque muero de amores; vuelva, vuelva
Tu boca á regalarme,
Vuelve, mi dulce amor, vuelve á besarme;
Y cuando tardo el día
Decline al horizonte,
Como los ciervos de Bether, al monte,
Acógete á mi seno, vida mía!

*

De mirra y cinamomo
Las ánforas llenad, claras doncellas;
De esencias áureo pomo
Verted sobre sus huellas,
Porque es mi bien—amado
Entre todos los hombres el preciado.

II

EL AMADO

Tu voz es lira que á mi oído canta
Una música santa
A cuyo són dulcísimo despierto,
Y miro el Cielo abierto;
Y tu imagen en mi alma se levanta
Como el sol en la noche del desierto.

*

Oh dulce enamorada,
Sulamita adorada,
Por quien deliro yo de noche y día,
Desde aquél ¡cuán feliz! en que nos vimos:
Tu boca es como cáliz de granada,

Tus pechos los racimos
Que en el monte ostentó la virgen palma,
Cuando al labio regalan su ambrosía
Y de eterno placer llenan el alma.

Las reinas te envidiaron
Porque ellas nunca, como tú, reinaron,
Porque sólo por tí, por tí, palpita
Mi amante corazón ¡oh Sulamita!

*

Eres gallarda tú, como el Carmelo,
Y es tanta tu beldad, tu gracia tanta,
Que aromas bebe el suelo
Si lo pisa tu planta;

Son hermosos tus ojos como el cielo,
Como ramo de lirios tu garganta;
Y pues por tí mi corazón palpita,
Bésame con tu beso ¡oh Sulamita!

Caracas: 12 de marzo de 1903.

FELIPE TEJERA.



SAN PABLO AMENAZADO POR LOS JUDIOS EN JERUSALEM. — Por G. Doré

LLANTO

—

Tibia noche, perfumada
de jazmines, ¿por qué llenas
mi corazón solitario
de dolor y de tristeza?

Entre las selvas sombrías
quiero correr por la tierra,
y llegar al horizonte
donde tiemblan las estrellas.

Tras las flores de los valles
y las nieves de las sierras,
la adorada de mi alma
junto á su lámpara vela.

Su carita melancólica,
más blanca que una azucena,
no tiene quien le dé besos
esta triste primavera;

y sus ojos, al dormirse,
entre lágrimas se cierran.
Yo he soñado que la pobre
se está muriendo de pena.

Cierro los ojos; me alejo.....
Ya estoy á su lado. Ella
me mira con amargura
creyéndome una quimera.....

¿Por qué esas lejanas músicas
en el aire tibio llegan?

¿por qué las dichas del mundo
de mi sueño me despiertan?

Como estoy solo, se pierden
entre perfumes mis quejas,
y desde el cielo me llaman
las dulcísimas estrellas.

¿Por qué no hay besos ocultos
para las almas que sueñan?
¿por qué es tan larga y tan triste
la vida de los poetas?

Tibia noche, perfumada
de jazmines, ¿por qué llenas
mi corazón solitario
de dolor y de tristeza?

EL MEJOR ESPOSO

En una gran ciudad moderna de una nación joven y activa vivían en un cuarto de poco precio una madre y tres hijos.

En otro cuarto de la misma casa habitaba un viejo con una niña y aquél tenía tanta inteligencia como ésta belleza. El viejo, á fuer de inteligente, era pobre y, por serlo, deseaba que su hija, si algún día se casaba, lo hiciera con un hombre que la evitara las privaciones que de soltera pasaba.

Viviendo tan cerca y viéndose y hablándose cada día, ocurrió lo que era de pensar. A los mozos les gustó la muchacha y ésta se aficionó á los mozos. Pero como los cuatro eran unos benditos no pasó ni se inició ninguno de esos dramas «pasionales»—como dicen ahora los diarios—que tanta boga alcanzan. Los jóvenes estaban enamorados los tres con igual entusiasmo. La niña no sabía por cuál decidirse y, viendo que las circunstancias apremiaban, muy modosa y discreta consultó el caso con su padre, el que llamó á capítulo á los tres pretendientes y les dijo:

—A los tres os tengo por excelentes chicos; pero como uno solamente ha de casarse con Rosa, me permitiréis que os imponga una condición y una prueba antes de decidirme. Rosa tiene sólo diez y seis años; bien puede esperar dos más antes de tomar marido.

Los mozos aprobaron con poco convencimiento aquel exordio, y el viejo prosiguió:

—En esos dos años procurad dar la medida de vuestra inteligencia y aptitudes. Aquél que transcurrido el plazo se presente con mayores merecimientos, ese será el esposo de mi hija.

De buena ó mala gana aceptaron aquel aplazamiento los inflamados manebos, y al día siguiente Juan marchaba á una nación vecina que estaba en guerra con otro país, Pedro se dirigía á un gran centro industrial y fabril, provisto de unos cuartejos que había ahorrado; y Diego cambiaba de casa con su madre; pero no abandonaba la ciudad en que había nacido.

Sucedieron dos veces unas á otras las estaciones del año; transcurrió el tiempo; continuó fluyendo el agua de las fuentes y el vino de las cubas, y un día el calendario anunció que había llegado aquél en que terminaba el plazo impuesto por el padre de Rosa á los tres mozos.

Juan llegó el primero, vestido de reluciente uniforme. En aquel breve espacio de tiempo, gracias á su bravura é inteligencia, había alcanzado el grado de comandante en el ejército de la nación vecina. Tenía un aspecto soberbio; parecía todo un hombre.

Pedro apareció poco después. Vestía

con gran elegancia. Se había convertido en un acaudalado industrial, merced á algunas especulaciones tan atrevidas como afortunadas.

El que compareció tal como antes fue Diego. No se había movido de la ciudad y continuaba trabajando y manteniendo á su madre.

Una vez saciadas sus miradas de la hermosura de Rosa, explicaron sucesivamente lo que habían hecho y lo que alcanzaron.

—Apenas llegado á la nación vecina, —dijo Juan,—me alisté en un batallón de línea. A los seis días entrábamos en fuego. Sentí miedo durante un ratito; después, viendo que pasaban las balas sin tocarme, cobré ánimo, cumplí con mi deber. Me han herido tres veces, me han citado dos veces en la orden del día, estas cruces tengo. Creo que dentro de pocos años seré general.

—Yo,—explicó Pedro,—al llegar á la ciudad industrial, busqué en seguida colocación en un despacho. Pronto comprendí que, trabajando por cuenta ajena, siempre me roería de hambre los codos y, para escapar á tal contingencia, engatusé á un compañero rico, pusimos taller, trabajamos de firme. Ahora tengo seiscientos obreros que trabajan para mí y que me ganan una fortuna cada año.

—¿Y tú qué has hecho Diego?—preguntó el anciano al pobre muchacho que callaba, cariacontecido y confuso.

—Casi nada. He continuado asistiendo al mismo taller de siempre. Me han aumentado el jornal; he mantenido á mi madre y el amo me ha prometido que dentro de unos años me dará participación en el negocio.

—Tuya es Rosa, muchacho.

Iban á protestar sus dos hermanos; pero el viejo les atajó, diciendo:

—Tú Juan, no puedes tener más esposa que tu bandera. A una de carne y hueso la tratarías, sin querer, como á tus soldados. Tú Pedro, la tratarías como á tus obreros. En cambio, tú Diego, la tratarás como has tratado á tu madre.

Y así sucedió y todos quedaron contentos y vivieron sin grandes penas.

A. RIERA.

LA ARTERIA ROTA

Como corre la sangre de la herida
Dejé correr en vano
El curso inútil de mi estéril vida.

Hoy, que exangüe me siento, á cada gota
Quisiera lo imposible, por mi mano
Ligar la arteria rota;

Vivir de nuevo modo la existencia,
Y no del que condeno
Cuando á solas pregunto á mi conciencia,
¿Fui sabio, he sido artista, he sido bueno?

FRANCISCO A. DE ICAZA.

OPINIONES

SOBRE

“SANGRE PATRICIA”

Inédito.

Razón tuvo quien dijo que muchas veces lo verosímil produce impresión de inverosimilitud. Efectivamente, ciertas verdades coliden de tal suerte con la razón y el buen sentido, que más bien parecen colosales mentiras. Una de esas verdades tiene por pregonero nada menos que á la historia; y ella no es otra que el mejoramiento de nuestra especie y el adelanto de la civilización alcanzados por medio del hierro y del fuego.

¡El genio de la destrucción coadyuvando eficazmente á la obra fecunda de la vida y del perfeccionamiento humano! La inteligencia duda, vacila pero á pesar de todas sus objeciones y de todas sus resistencias, el hecho en sí es innegable. Tanto en la antigüedad como en la era moderna las armas dieron á muchos y á muchas razas gloria, grandeza y poderío. Diríase que del hondo surco de estragos que abren surge la vida en torrentes más claros y más puros. De los genios ha opinado un escritor ilustre que son «la sal del mundo, que sin ellos todo sería corrupción y podredumbre.» Creo que de la guerra podría decirse igual cosa.

Dentro de este orden de ideas bien cabe la de que la humanidad nunca jamás habría sido lo que ahora es si en los comienzos de las edades la tribu más fuerte no hubiera invadido y sojuzgado el suelo de la más débil. En la infinita cadena de acontecimientos por virtud de los cuales ciertas agrupaciones humanas han ganado primero que otras el imperio de la cultura, ese es sin duda el primer eslabón.

Nadie ignora al presente, en verdad, el postulado científico de que en ciertas condiciones favorables, el cruzamiento y la mezcla perfeccionan las formas orgánicas; y se sabe asimismo que la vida ideológica y mental del hombre es tanto más intensa cuanto más desarrollados y perfectos fueren los órganos del pensamiento.

Así, lógico es contar entre los primeros principios del progreso social y político la primera cruzada de conquista del hombre por el hombre. De esos primitivos triunfos de la fuerza, las tribus vencedoras salen acrecidas en energías, la tendencia á la dominación y al imperio sobre los demás cobra en ellas mayor fortaleza, perfeccionan por consiguiente su táctica y sus medios de combate y victoria tras victoria al fin se constituyen en naciones.

Una autoridad eminente en ciencias sociales, el inglés Bagehot, escribe á este respecto meritorios conceptos. Expresa uno de ellos que «cada nación ensayaba ser la más fuerte y de aquí que imaginara ó copiara las mejores armas; por una imitación consciente, cada nación procuraba formarse un tipo de carácter apropiado á la guerra y la conquista. La conquista mejoraba así el género humano por la mezcla y el crecimiento de las fuerzas;» y más adelante emite en términos que difieren muy poco de los que ahora empleo la siguiente opinión: «Si la civilización ha sido más varia y profunda en las regiones occidentales de

Europa se debe á que en ellas el choque y la lucha de las razas fueron más frecuentes y rudos.»

Otro pensador de la misma nación y no menos insigne que el citado, Tylor, dictamina en tan importante materia como se leerá á continuación:

«Cuando una tribu se prepara para invadir á otra enemiga ó para defender sus propias fronteras, las provisiones y la propiedad se hacen comunes; los guerreros someten sus indómitas voluntades á un jefe y los agravios privados desaparecen ante el patriotismo. Clanes distantes de parientes acuden juntos ante el enemigo común, y las tribus vecinas, á las cuales no liga esta unión natural, hacen alianza, sirviendo bajo las órdenes de un jefe elegido por todos. Vense aquí en sus formas más sencillas dos de los más grandes hechos de la historia. El ejército organizado, en que diferentes fuerzas son mandadas por sus propios capitanes á las órdenes de un general, y la confederación de las tribus tal como las que en un estado más elevado de civilización producen las federaciones políticas de Estados como los de Grecia y Suiza. De estas alianzas de tribus, cuando se prolongan después de la campaña, resultan los organismos nacionales....»

No es posible desdeñar en la materia de que se trata el juicio de un escritor que, no obstante haber profesado ideas filosóficas radicalmente contrarias á las que tan grande impulso han comunicado al espíritu humano en el siglo anterior, goza, sin embargo, de justa nombradía por el talento y el ardor con que las expuso. De Maistre, que es el escritor á quien acabo de referirme, dice que «jamás llegan las naciones al más alto grado de esplendor de que son susceptibles, sino después de largas y sangrientas luchas; así, el apogeo de los Griegos fue la época terrible de la guerra del Peloponeso; el siglo de Augusto siguió inmediatamente á la guerra civil y á las proscripciones; el ingenio francés se pulimentó por la Liga y por la Fronda; todos los grandes hombres del siglo de la reina Ana nacieron en medio de las conmociones políticas de la época; en una palabra, diríase que la sangre es el abono de esa planta que se llama genio;» y para cerrar dignamente estas citas bastará recordar que el pasmoso Maquiavelo no creía hacedera la magna obra de la unidad é independencia de Italia sino confiándola á la fuerza de las armas. De ahí que aconseje á Lorenzo de Médicis la organización de un buen ejército para realizar tan arduo empeño, «porque la guerra es justa cuando es necesaria; porque las armas son piadosas cuando en ellas está la última esperanza.»

Cuanto se ha escrito hasta ahora, de propio como de extraño caudal, no ha tenido otro objeto que el de avalorar con el testimonio de eximios autores el criterio que, en punto á la guerra, sostiene Tulio Arcos, el protagonista de esta novela de M. Diaz Rodriguez, novela que como aquella otra de D'Anunzio fue meditada y escrita «en la sede del arte severo y del silencio.»

Sin vana presunción creo que la exactitud y verdad de su modo de ver queda suficientemente comprobada con los ilus-



EL MAGNIFICAT. — Por J. James Tissot

tres pareceres anteriores, sobre que, él mismo, en un vigoroso parlamento hace valer argumentos y razones de gran peso.

Mas, sólo hasta aquí va mi pensamiento á la zaga del suyo, pues en lo que respecta á una fórmula de virtualidades capaces de regenerarnos política y socialmente, no creo que sean tajos de machete y tiros de fusil los que puedan producir semejante prodigio.

Y como quiera que asigno á las ideas un papel de primer orden en la marcha de las sociedades, juzgo que la enunciada, con tanto ardor sostenida por Tulio Arcos, merece ser refutada, pues si desgraciadamente ella llegara á viajar por la mente de todos los venezolanos, entonces sí que habríamos alcanzado el

término de ese camino de inmoralidad y de barbarie que desde hace algún tiempo venimos recorriendo.

Porque es un hecho evidente el de que ninguna de cuantas revoluciones registran los fastos nacionales ha sido la obra del pueblo. Este, por razones de suprema ignorancia y de profundos hábitos de obediencia y sumisión adquiridos bajo el régimen despótico de la colonia primero y fortalecido poco después en la prolongada lucha de la Emancipación, juzgo que—dicho sea de paso—han pasado de generación en generación por el vehículo de la herencia psicológica, ha seguido indiferentemente en nuestras discordias civiles las banderas de Dios ó del Diablo.



JOSÉ PERDONA A RAHAB. — Por G. Doré

El esclavo, en verdad, no tiene derecho á pensar, y nuestro pueblo, digase lo que se quiera, dejó de ser paria de un monarca para seguirlo siendo, bajo otra forma acaso más inicua que la primera, de sus conterráneos más aptos por el valor, la audacia, la destreza ó la fortuna.

Han sido éstos, únicamente éstos los que han fraguado el rayo de todas las tormentas asoladoras. Caso de haberlas, la responsabilidad ó la gloria pertenece á ellos toda entera. Desconocer que la pluralidad de males que hoy nos agobian vienen de la eterna revuelta en que hemos vivido, equivale á cerrar los ojos á la esplendorosa luz de la evidencia.

Víctor Hugo decía que el mejor de todos los consejeros es la experiencia; y son precisamente esos labios, venerables y augustos por los tesoros de prudencia,

de sabiduría y de verdad que en ellos pusiera el tiempo, los que gritan muy alto el gravísimo error que sustenta tan de buena fe Tulio Arcos.

Sería cosa de nunca acabar la enumeración de todas las calamidades públicas y privadas generadas por nuestras contiendas internas. Renuncio á ello en fuerza de lo poco grato del asunto y, recordando, además, que todo el mundo las tiene presentes en la memoria, como el único gaje recogido en setenta años de vida autonómica. Yo me limitaré á señalar aquellas que el observador atento echa de menos en las conversaciones y paliques del club, del café y de la plaza pública.

La primera que se viene á los picos de la pluma es la formación en la vida política de cierta clase de intereses que, por ser abiertamente opuestos á la salud y vida del cuerpo social, han mere-

cido de un publicista contemporáneo el enérgico y justo calificativo de *sinietros*.

Por sabido se calla que desde que se abrió entre nosotros el período fatal de las revoluciones, la noción del alto fin para que fue instituido el gobierno entre los hombres, echóse completamente al olvido por los bandos que ganaron la cima del poder político. Preocupados exclusivamente de conservar el predominio adquirido, unas veces á punta de bayonetas, otras por efecto de cálculos y combinaciones inmorales de sus predecesores en el mando, la suerte de la sociedad les tuvo siempre bien sin cuidado, fue para ellos casi casi una nada. Ya en esta oscura y tortuosa ruta del más desatentado y monstruoso egoísmo, los bandos encaróanse á las leyes y á las instituciones, y las instituciones y las leyes fueron, como el Cristo, escu-

pidas de fariseos y abofeteadas de savyones.

Así se explica, no diré que nuestra decadencia, porque me parece el mayor absurdo hablar de decadencia donde todavía se está muy lejos de dominar las fuerzas de una naturaleza bravia, de adaptarse, en suma, el hombre al medio, que es el progreso en su genuina acepción, según Spencer; así se explica, digo, que siendo como somos un pueblo de tan corta edad, padezcamos sin embargo del terrible y espantoso mal de vivir.

Por la indicada circunstancia de tiempo, tal hecho desde luego resulta ser un hecho profundamente anormal, mas no tanto como para incluirle en el número de los fenómenos, ya que cuerpos vivos como son las colectividades sociales sienten ó deben sentir el mismo impulso de orientación espiritual hacia la muerte que siente el individuo cuando de su espíritu han volado los almos ideales.

Flor de pétalos radiantes fue la flor del ideal en aquella generación incomparable, fundadora de nuestra soberanía. ¿Cabe en justicia decir lo mismo de las que con la obra heredaron la gloria de la obra? Me parece que no.

Como se dijo poco antes, no bien surgieron los intereses siniestros, los intereses personalistas, para expresarlo de una vez, desapareció de las clases directoras toda tendencia noble y generosa por encaminarse á labrar la felicidad de sus conciudadanos.

¿Qué mucho, pues, que tantas y tan repetidas violaciones de los principios y de los cánones amparadores del derecho ciudadano, hayan determinado en la sucesión de los años el espantoso estrago moral de la última década? ¿Qué mucho que, envueltos nuestros espíritus por la turbia onda de las penas y oprimidos nuestros corazones por el dogal de innumerables dolores y colmadas nuestras conciencias de toda suerte de angustias, entremos en nosotros mismos y nos veamos limpios de fe y de levantadas aspiraciones?

Tulio Arcos está persuadido de que nuestras frecuentes conmociones revolucionarias son un sintoma de que todavía no hemos muerto.

Ciertamente, aún no se ha escapado de nuestro pecho el último aliento, pero entre la muerte y la locura preferible es la muerte. No diré de mi país que sea un inmenso manicomio, como creía Heine de la Alemania de su tiempo; sospecho sí que no disfrutamos de una perfecta salud cerebral. Por un conjunto de circunstancias diversas, cada uno de nosotros tiene cierta predisposición al mal que sufre Tulio Arcos, con tan admirable maestría descrito por el autor.

Un especialista eminente del país de Francia asienta que, «llegando á ser cada vez más duras las condiciones de la lucha por la existencia, el hombre se aniquila ó extingue, siendo principalmente el sistema nervioso central el que sufre las consecuencias de esta lucha. De aquí proviene la incapacidad para el esfuerzo y la propensión á degenerar...»

Si, pues, el acrecentamiento desusado de la actividad pacífica,—derivación lógica de una ruda concurrencia vital—produce perturbaciones en la entidad nerviosa, con mayoría de razón ha de



RESURRECCION DE LÁZARO. — Por Gerard de Saint-Jean (del Museo del Louvre)

producir la actividad anormal de la guerra.

Breves momentos que se medite sobre las mil vicisitudes y peligros que rodean la existencia del hombre en campaña, sobre todo en nuestro país, y aquella inducción avasalla y rinde el espíritu con la fuerza de las certidumbres absolutas.

Considerad, en efecto, entre otros factores nocivos á la salud, ese continuo ir y venir de los tercios, unas veces bajo el hielo de lluvias torrenciales, otros abrazados por el incendio de un sol canicular; á esas interminables y extraordinarias marchas, ora por serranías y montañas, ya al través de vastas llanuras inundadas, por lo común padeciendo hambre, padeciendo sed, padeciendo, en fin, toda suerte de privaciones; sumad las noches sin sueño, el continuo sobresalto, la zozobra natural en un ambiente colmado de peligros y, por último, la tempestad pasional de la batalla, mucho más destructora que la tempestad del fuego.

Si no me engaña la memoria, débese á Max. Nordau el nombre con que es

conocido este desequilibrio enfermizo de la personalidad. *Neurastenia de la guerra*, escribe el egregio alemán.

Ahora bien: no hay el menor asomo de hipérbole en el aserto de que constituyen una reducida minoría los vnzolanos que se han mantenido alejados del vivac. La verdad es que casi todos hemos pasado por su radio de incendios y de hecatombes sangrientas. Aquellos fueron á él por satisfacer bajos instintos de rapiña y de crueldad; éstos, bastante numerosos, movidos de la imperiosa necesidad de conservarse, aun arriesgando lo mismo que se trata de conservar y la gran masa, arrastrada por la fuerza.

Por manera que á la luz de la doctrina científica y desde el punto de vista del filósofo alemán, estamos enfermos; verdad ésta que á la vez oficia de saludable advertencia, ya que por oposición ideológica surge en la mente el concepto del orden como el único estado social en que podríamos no sólo reparar el hondo quebranto de nuestras energías y equiparnos de conocimientos útiles para la lucha con el medio, sino

también llevar á cabo, nosotros, el núcleo joven, la obra benemérita de ilustrar al pueblo en los derechos y prerrogativas que le acuerda el régimen democrático.

Incuestionablemente que todo esto sería un progreso real y efectivo, si se atiende á que, por especiales circunstancias, entre nosotros tiene que serlo el más ligero paso que se diere en el camino de reducir al Estado á la esfera de sus atribuciones legales y de habilitar al hombre para que adquiriera el señorío del medio geográfico.

Hay todavía otro punto que, por su gravedad, no puede menos que convertir el pensamiento á las más serias y dolorosas reflexiones. Aludo al terrible vaticinio de un anarquismo criollo con que Tulio Arcos amenaza al capital usurero y agiotista.

Mi mano se tiende hacia la del noble vástago patricio porque, como él, abomino y detesto á todas esas honorabilidades «que ufanas se pavonean» y cuya opulencia y brillo no tienen otro origen que la ruina, el desamparo y las lágrimas de innumerables familias.

Si como se ha insinuado antes de ahora «el sentimiento de propiedad es una forma del instinto de conservación personal;» si como lo dejó consignado Maquiavelo en su libro inmortal, «los hombres olvidan primero la muerte de sus padres que la pérdida de su patrimonio,» si todo eso es verdad hay que agregar á los muchos abismos de que está sembrada nuestra sociedad ese otro de execración y de odio abierto por la iniquidad en el corazón de la clase desposeída.

Como se nace músico, poeta, héroe ó asesino, así también algunos seres nacen moralmente organizados para las infames especulaciones del agio, de la retroventa y de la usura. Los tales, á mi juicio, por el cálculo y la sangre fría con que proceden, calzan más puntos de maldad que aquellos que, so color de poner á las leyes en su trono, échanse por la tierra en carrera de latrocinios y despojos.

Y de qué otro modo será posible atajar esa horrible gangrena social sino rescatando al país de las crueles garras de la miseria, hija mayor de la guerra? Arrójense bien lejos los instrumentos de las matanzas fratricidas y bórrese de nuestro código civil esa ley abominable de la retroventa y el pronóstico de Tulio se quedará siendo un pronóstico.

Quisiera llevar adelante el examen que hasta ahora he venido haciendo de las muchas ideas caídas en los cuadros de esta novela, de esta sutil y bellísima novela; ideas que, por navegar como navegan en la onda de un estilo divinamente azul, milagro de diaphanidad y de pureza, flotarán por siempre jamás en la corriente de los siglos. Si las ideas pensarán, yo diría que el aire dominador que estas respiran, la aureola de orgullo y de triunfo que las corona, les viene de haber pensado esto mismo que yo acabo de pensar.

Empero no lo haré, y ello porque de improviso ha hecho presa en mi ánimo el pensamiento de que quizás estas reflexiones y las que pudiera hacer, no sean para Tulio Arcos más que un blanco vuelo de ilusiones, una fantástica ronda de aladas quimeras.

Cierro, pues, estas notas de superficial análisis ideológico para dirigir una rápida ojeada á los caracteres estéticos y psicológicos de la última producción del amigo.

El, que antes de ahora y en repelidas ocasiones ha puesto de manifiesto una organización artística excepcionalmente fina y delicada, aparece aquí, sin embargo, superándose á sí mismo, dejando atrás su propia obra, no obstante que á esa obra debe su nombre haber corrido por América en alas de la fama.

Allí la forma fue siempre bella, radiantemente bella. *Cuentos de Color*, por ejemplo, y en algunos de los cuentos, aquella es modelo acabado y perfecto de gracia, donaire y gentileza. La crueldad del más implacable análisis sólo conseguiría descubrir rosales y jazmineros maravillosos en esas prosas de luz, de fragancia y de miel.

Estas páginas ajustan en ese molde de suprema hermosura. En ellas igual sinfonía de matices, la misma escala suavísima de suavísimas notas musicales sin faltarles, además, el exquisito primor del oro cincelado con amor y la mágica irización de las gemas besadas por la luz. Pero por qué la belleza de este estilo cautiva y enamora más que la belleza del otro? Durante la lectura no he cesado de hacerme esta pregunta y, á mi ver, el manantial de inefable embeleso fluye de la poesía y del encanto indefinible de los temas elegidos por el artista.

Ciertos actos humanos, igual que determinados espectáculos de la naturaleza, encierran una prodigiosa energía estética, y cuando estos espectáculos ó aquellos actos son imaginados ó contemplados por un espíritu en quien el sentimiento de lo bello alcanza la misma intensidad y potencia, la obra de arte nace fatalmente perfecta.

Es precisamente lo que ahora acontece. Siempre que el tema contiene un divino germen de belleza, el verbo es una gota de riquísima esencia, la frase una guirnalda de fragantes pétalos, la línea una melodía de bandolín y la página entera remanso limpiísimo, donde abrevamos infinita delicia cuantos en lo íntimo del alma sentimos algo así como la suave vibración de albas y mágicas alas de seda que se abren....

Si no fuera porque estas líneas se extenderían demasiado, yo trascibiría, por vía de comprobación, numerosos fragmentos en que, con néctar de nardos, de magnolias y violetas las abejas del arte fabricaron los más ricos y mejor olientes panales. En la imposibilidad, pues, de abrirles espacio, haré una ligera indicación de ellos.

Entre otros ameritan especial memoria el en que se describe la música de Martí—cima altísima y rosada de belleza—y que comienza con estas palabras:—Primero fue arriba, en el teclado, una nota muy tenue, como la que produce el caer de una débil gota de agua sobre un cristal sonoro;—la peregrina y encantadora escena del desagravio de las flores, fiesta celebrada por Tulio mar adentro, sobre el raso lúcido de las aguas y, generalmente, cuantos se refieren al mar. Acerca de éste, la imaginación y la sensibilidad del claro esteta objetiváronse en frases que, como la misma onda glauca, cantan un infinito de misterio á la vez

que reflejan el infinito azul del cielo y toda la inefable poesía de los crepúsculos áureos y de las noches estrelladas.

Habría sospechado el lector un doloroso eclipse de la razón en el individuo que, poseído de una emoción y de un fervor casi religiosos, ejecuta actos tan extraños como el de desagruar á las frágiles y vaporosas magas de los jardines.

Así es, en efecto. Díaz Rodríguez ha confiado el papel principal en su novela á un sér anormal, de naturaleza psíquica y de organización nerviosa profundamente lesionadas.

A la hora presente es ya cosa sabida que la degeneración de la substancia vital humana siembra en la masa de la sangre gérmenes que, al romper y materializarse en la acción exterior, revisitan las más peregrinas formas y los más raros y singulares aspectos.

Haciendo abstracción de los elevados niveles de gravedad que toma el mal en el ladrón de profesión, en el criminal instintivo y en la prostituta por irresistible impulso de su temperamento al placer voluptuoso, hay que reconocer la existencia del estigma degenerativo en infinitad de personas tenidas generalmente por sanas y bien equilibradas. Tal verdad se palpa en las prolijas relaciones que sabios y pacientes investigadores hacen en obras consagradas á esta especialidad científica.

Interesante y curiosísima en extremo es el caso de Tulio Arcos. Desde que aparece en escena, ó para ser más exacto, desde el vientre de su madre, ya era un loco, en estado de larva, se entiende, y para la mayoría, seguramente que no lo es sino en el acto de que ya se dió noticia, y cuando en lo más agudo de su alucinación se arroja á los abismos del mar. Sus antecedentes familiares y otros factores de distinto género incuban su particularidad mórbida.

Algunos de sus lejanos antepasados, en la Conquista primero y en la Independencia después, ganaron, fieros de coraje y prodigiosos de energía, las más altas cimas del heroísmo. La hoja reluciente de la espada fue el escabel por donde subieron á la gloria.

Asaz breve es el documento de información histórica, pero en su brevedad poderoso á hacer pensar en un enorme desgaste de los resortes motores de la personalidad.

Tras largos años de esterilidad y de silencio, la savia que aún circula en el vetusto tronco de la raza apunta, cual lozano y vigoroso renuevo, en el alma intrépida y luminosa de un bizarro campeón de parlamento. Mas con la desaparición del orador insigne, apágase en el alma de la estirpe la llama de las virtudes heroicas. Así, no es extraño que desde tal punto y hora se le vea caminar cuesta abajo, rumbo á un pálido horizonte de silencio y de olvido.

Sin embargo de haber sido engendrado por uno de esos mutilados morales, hay en la psiquis de Tulio, por regresión atávica á los mejores tiempos de la raza, ciertos rasgos peculiares á la psiquis de los antepasados gloriosos.

A un temperamento moral como el suyo, forjado en molde de debilidad y de impotencia, más le valiera no tener la más leve similitud con el alma anti-



JESUS Y LOS APOSTOLES. — Cuadro de J. James Tissot

gua de la casta. Por causa de ellas una vibrante ráfaga de aspiraciones generosas y de levantados designios envuelve de continuo su corazón y, son esas analogías, mejor diré, esos principios de fuerza, las que en forma de imitadas voces humanas le gritan, imperiosas, desde lo íntimo del sér, la consigna de los bizarros triunfadores extintos. La idea fija de la obra por hacer, de la obra digna de su nombre, tórnase á la postre en obsesión implacable, y esta tortura cerebral turba su conciencia, exaspera la sensibilidad enfermiza de sus nervios y prende por último en su imaginación el incendio de la fiebre y del delirio.

Una opinión sobre *Sangre Patricia* reza que no es una novela. Opino á mi vez que tal juicio es la mejor prueba de que su autor estuvo desacertado en la clasificación psicológica de Tulio.

Si su pensamiento hubiera tocado el fondo de esta parte del libro, si hubiera parado mientes en los muy precisos y valiosos datos que ella contiene para hacer esa clasificación, habria, desde un principio, acostumbándose á buscar el raudal de la novela, más en la vida interior de aquel, colmada de sombra, de vaguedad y de misterio, que no en los actos y hechos externos, así de éste como de los otros personajes. Es así como yo he gozado la visión encantadora de ese raudal limpiísimo, de ese raudal sonoro, imagen del Pactolo por la irra-

dación áurea que regalan sus aguas á las almas que sueñan....

Cuando se concluye la lectura queda el espíritu con la ilusión y la sensación de haber discurrido largo rato por un verjel de azucenas en flor, tanta es la pureza de esta magnífica creación del arte. Ni el más ligero soplo sensual agita los tallos de las blancas flores inmaculadas. Con ser apasionado y profundamente humano el amor que aquí alienta es un amor que no posee un solo átomo de turbante y cálida voluptuosidad.

Una suave y discretísima fragancia de vaporosa idealidad impregna la diáfana belleza de la novela, y quizás ella provenga del albo esplendor virgineo del pensamiento amoroso y del gesto ingenioso y extática serenidad de las hijas del músico. Aparecida en días de tormenta, días lúgubres y resonantes con todos los alaridos del dolor, de la miseria y de la guerra, la obra del artista ha pasado casi inadvertida.

Sólo unos cuantos espíritus han visto en ella lo que es en realidad, una emanación purísima del genio y del alma de la raza transformada en azul celaje de arte excelso y glorioso.

Y en la gran charca sangrienta, á la trágica iluminación de los relámpagos, el celaje ha caído como una promesa divina.

ANTONIO R. ALVAREZ.

Caracas: 1903.

A UNA LOCOMOTORA EN INVIERNO

A ti, mi canto.—Tú entre el torbellino de la tempestad tal como te veo ahora, bajo la nieve, en el declinante día invernal.—En tu panoplia, con tu doble pulso rítmico y tu golpe convulsivo.—Tu negro cuerpo cilíndrico, áureos cobres y aceros argentinos.—Con tus ponderosas bielas, paralelas y unidas á tus flancos donde sin cesar se agitan.—Tu voz métrica que se hincha ya jadeante y rugidora, ya palpitante á distancia.—El gran fuego que proyectas fijado sobre tu frente.—Tu larga, pálida y suelta cabellera de vapor, teñida de púrpura delicada.—Las densas y oscuras nubes que vomitan tus ahumadas fauces.—Tú osamenta nudosa, tus resortes y tus válvulas, el tremendo centelleo de tus ruedas.—Con tu séquito de carros, obedientes y que te siguen alegres.—Entre la calma ó el trueno, pero siempre dirigida á tu paraje;—Tipo de lo moderno-emblema de poder y movimiento-pulso del continente.—Ven á servir á la Musa, esta vez, y sumérgete en el verso, tal como ahora te veo.—Con tormentas, y con ráfagas de viento que golpean, y con caídas de nieve.—Con tu campana que de día cautelosa lanza sus notas sonoras—Con tu lámpara nocturna que silenciosa te señala, balanceándose.

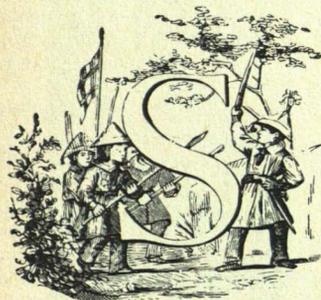
Bella de feroz garganta!—Ruede en mi canto tu música desenfrenada y las luces de tus lámparas que se mueven en la

noche.—Tu risa silbante y loca, y sus ecos, cuyo crujido semeja un lejano terremoto que todo lo desmorona.—En ti misma está tu ley, tu propia huella celestial.—(No hay en ti empalagosas bondades, ni arpa llena de lágrimas, ni acordes de piano)—Los gritos de tu pecho que repercuten en colinas y rocas—Se lanzan sobre la inmensidad de las praderas, á través de los lagos.—Hacia los libres cielos, indómitos, y alegres, y fuertes.

WALT WHITMAN.

Estados Unidos.

ESPAÑA TRISTE



Juan Acidioso (ó Juan Abúlico, antes Juan Español, que dice el maestro Cavia) hubiera leído *The pleasure of life*

(traducido del francés á nuestro idioma fragmentariamente y con el impropio título de *La dicha de vivir, la joie de vivre*), de seguro se indignaría al ver que Mr. Lubbock llama á su pueblo *The merry England*: la alegre Inglaterra.

—¡Alegre aquel país donde no se ve el sol!—exclamaria con exaltación.—¡Vamos, hombre! Para alegre... España...

Y todavía había de subir de punto su indignación si supiera que un diario inglés que se publica en América, *The Southern Cron*, califica á España de triste, de lúgubre (*mournful*)

Sin embargo, tiene razón el articulista británico; nuestro país, mejor dicho, nuestro pueblo, es melancólico y lúgubre, á pesar de las galas rientes con que le adorna Naturaleza. Andalucía, llamada por algunos la patria del Sol, la región del color y de la alegría, es una región triste, aun en las más ruidosas algazaras y en sus momentos de mayor expansión bullanguera. Se divierte llorando. Canta, y sus cantares sólo hablan de cárceles y presidios, de crímenes y cementerios; baila, y sus contorsiones son incitantes y lascivas; enamora, y lo hace con misticismos que recuerdan que esta vida terrenal no es, como escribió el divino Argensola, el centro de las almas.

Y si del Sur pasamos al Norte, la tristeza cambia de aspecto, pero no de esencia. Los cantos populares gallegos están saturados de melancólica ternura, ora expresen amores, ya ensalcen las bellezas de la región, bien recuerden tradiciones ó leyendas. Solamente en algunos pueblos de Levante la tristeza popular es absorbida y avasallada por el entusiasmo bélico, sin duda porque la música de sus cantos, enérgica y marcial, no se presta á lloriqueos y lamentaciones melancólicas. El resto de la Nación es incomprensiblemente triste para el extranjero que no ahonde el fondo del alma española.

De ahí que nuestra literatura lo sea, y hasta el *Quijote*, que provoca las carcajadas del vulgo, esté saturado de una

tristeza melancólica que haga sentir la nostalgia de la vida eterna. Algo semejante sucede con alguna obra de Valera, en que el humorismo es esencialmente místico. Galdós, quizás nuestro primer humorista, está imbuído por las lecturas inglesas; Pereda ha dado la nota humorística más sana, más española, más franca, en su primoroso idilio *Al primer vuelo*...., pero no repitió la suerte. Después de esto, sólo cabe mencionar algún ensayo apreciable de narración festiva, más ó menos artística y novelesca.

Y si de la novela pasamos al teatro, hallaremos el mismo cuadro. Ya hasta en el llamado género chico, que era donde parecía haberse refugiado el resto de alegría literaria que nos quedaba, empieza á predominar el melodrama con todas sus consecuencias. Quizás pudiera explicarse el hecho por nuestra ingénita frivolidad. Somos frívolos, lo reconocemos y nos avergonzamos de ello, aspirando al dictado de *serios y graves*. Por eso cuando nos acordamos de haber caído en flagrante frivolidad, nos escapamos hacia lo lúgubre.

Varias veces durante la actual temporada he oído lamentarse á espectadores de buena fe prometiéndose no volver más á ver dramas, pues «al teatro no iban á llorar, sino á divertirse». Pero quizás aquellos mismos descontentos encontrarán ó aparentarán encontrar demasiado ligera, frívola, cualquiera regocijada comedia de Ramos Carrión, Blasco, Vital Aza ó los Quintero.

Dijo Macauley al juzgar á Byron que la sociedad británica tiene sus rachas de moral á ultranza, y que es tanto más rígida, severa é intransigente durante esos periodos, cuanto más flexible, tolerante y liberal ha sido en la época anterior. Así explica las persecuciones de que fue objeto el gran poeta hasta decidirse á abandonar la Patria y la sociedad inglesa, despidiéndose de su país con aquellos versos

My native land, good night:

Algo así acaece en nuestro pueblo con las ráfagas dominadoras de alegría desenfrenada y carnavalesca, á las cuales suceden en seguida las fiestas en que predomina lo dramático, con vistas á lo tético y lúgubre.

Pero en esta convivencia con el dolor, en esta familiaridad con la tristeza más opresora, radica esa gran fuerza nacional que nos hace reír de los mayores infortunios y sobreponernos á las mayores desgracias, con un vigor, una entereza y una energía de ánimo que asombran á los extranjeros. Las catástrofes no nos abaten porque estamos ya acostumbrados á verlas; y en este punto el pueblo español puede tener personificación verdadera en aquel soldado aragonés que, al ser amenazado con que lo iban á fusilar, repuso, encogiéndose de hombros:

—¡Que me se da! ¡Estoy acostumbrado!

—¿Te han fusilado acaso alguna vez? —le preguntó su jefe sorprendido.

—No, señor; pero *mi* han herido muchas, y lo mismo da una *miaja* más que una *miaja* menos.

JOSÉ MENÉNDEZ NOVELLA.

PAGINAS OLVIDADAS

EL REGALO INESPERADO

Quando se viene acercando la Noche buena, me siento literal y positivamente feliz. Todo cuanto han escrito á este respecto,—por exagerado y fantástico que parezca,—los novelistas todos de Francia é Inglaterra, es menos, mucho menos que mi sin igual entusiasmo. La era, ó sea los momentos de la dicha, comienzan para mí en la tarde del 24 de diciembre, y se prolongan, sin intervalos, hasta dos días después. Al dulce correr de esas horas deliciosas, yo no tendría fuerzas para negar ó rehusar nada á nadie; más aún: perdonaría sus ofensas al más cruel de mis enemigos. Y cuenta, que en esto, razón tengo de sobra. Muy pocos hombres,—en su infancia,—han tenido Pascuas más lindas que yo; y de seguro que uno entre cien millones, no ha tenido una como la que tuve yo en el promedio de mis veinticinco abries.

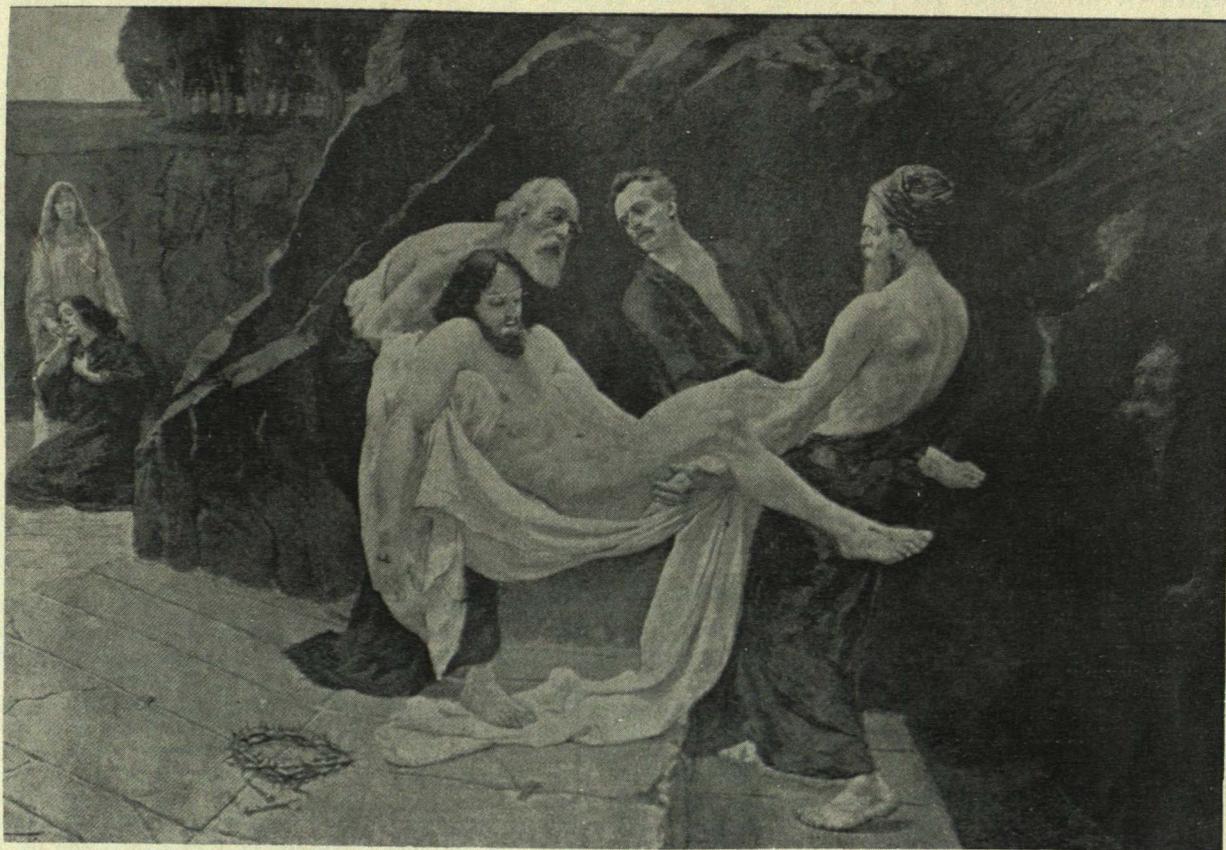
..

Para esa época estaba yo á punto de publicar mis esponsales con Jacobina Caylus, jovencita á quien había agradado la naturaleza con el rostro que más podía agradarme en este mundo. Era como las ondinas, de un bello rubio; deslumbradora como un verjel en primavera, con unos ojos en que creía uno admirar á veces el azul de los lagos, y en otras, el de los cielos; y sus gracias tantas, tan tiernas é insinuantes, confundíanse armoniosamente con cierta sal de travesura natural, y con un carácter jugetón y picarillo. En materia de amor yo soy un tonto. Son mis sueños ardientes, pero limitados; y nací para no amar más que una vez. Vivir unido á Jacobina; extasiarme en todo cuanto hiciera y envejecer tranquilo y suavemente entre ella y nuestros hijos, y,—júrolo con el alma,—no creía que hubiera sobre la tierra mayor felicidad.

Y tan gran felicidad iba muy pronto á serme concedida. Habíamos convenido en que los esponsales se anunciarían en la cena del 24 de diciembre de 1895 en el castillo de Vignerolle, en donde permanecía la familia Caylus hasta mediados del invierno.... Aquella gran felicidad que muy pronto iba á serme concedida, me fue igualmente muy pronto arrebatada.

Mi padre, hombre inocente en punto á negocios, había,—como muchos otros,—encomendado á la diligencia de un hombre de confianza, colocar y hacer prosperar su fortuna. Si fuera esto una falta, debemos decir en honra de la justicia, que mi padre no hacía más que seguir en esto una tradición de familia; pues contábase ya tres generaciones en que el banco Thorel & Co dirigía nuestro caudal.

Sin que nadie llegara siquiera á sospecharlo, el último representante de los Thorel había cavado su propia ruina. En la mañana del 22 de diciembre, estalló la mina.... Encontraron á Thorel envenenado con ácido prúsico; y supose entonces que el pasivo, como dicen los del gremio, ahogaba irremediablemente el activo. Demás sería decir que sólo nos quedaban algunos bienes patrimoniales, con los cuales íbamos á tener que vivir en el campo, cuitada y pobremente,



EL CUERPO DE JESUS. — Por Kirehbach

y que de mi matrimonio, no había ni para qué hablar, por de contado.

No eran los Caylus, en ningún modo, personas avaras, codiciosas ni mezquinas ó cutres; pero no por ello dejaban de tener un exacto sentido sobre el equilibrio de las dotes.

Pedro Caylus, modesto en sus gustos, desinteresado, si se quiere, hasta generoso, creía que un padre debe cuidar por la seguridad de sus hijas, en lo futuro. Mis padres, á su vez, yo mismo, á la mía, encontrábamos tal proceder de lo más justo y correcto; y convencido por razón tan poderosa, púsemme en camino á Vignerolle, partida el alma de dolor, á anunciar á la familia Caylus nuestra ruina, y retirar el compromiso y la palabra de honor que á ellos había empeñado.

Digo con el más grande placer que fui recibido con extraordinaria simpatía. Sobre todos, y con cierta especialidad, se mostró M. Caylus sensiblemente herido por nuestra desgracia, hasta el extremo de que se le vinieron las lágrimas á los ojos.

No obstante, cuando manifesté que mi ida á Vignerolle tenía entre otros motivos el de romper mi compromiso de matrimonio, no tuvo ninguna objeción que hacerme verbalmente; y en el hecho, quedó como muy contento con apretarme silenciosamente las manos con aire de aprobación y piedad, lo que en aquellas circunstancias, diré en justicia, me pareció una manera de contestarme mucho más fina ó delicada, que una porción de frases tan pomposas como frías.

Me rogó con instancias que me quedara en el castillo hasta la mañana de Navidad; y tantos eran y tales mis deseos de vivir con Jacobina algún tiempo antes de separarme de ella para siempre, que no me hallé con fuerzas bastantes para rehusar la invitación. Y fueron aquellos dos días tan dulces como terribles, porque la tristeza y desolación de Jacobina, hacían mayores las mías. Tenía los ojos, generalmente, henchidos de lágrimas; contraídos los labios por un pesar amargo, y con frecuencia la veíamos sollozar.

No nos dejaban conversar á solas, es cierto; pero también lo es que podíamos vernos todo el tiempo que queríamos. Si; teníamos absoluto y amable consentimiento para dirigirnos nuestras miradas de amor y de ternura.

En el trascurso de aquellos dos días, sólo hubo de mortificante, de muy mortificante, la cena de Noche buena,—debido á que habían venido á pasar pascuas unos vecinos de los campos inmediatos, gente, como todos sabemos, sencilla, locuaz y brusca, que demostraban una alegría campechana y cansadora. Condenáronnos tres horas,—por reloj,—al suplicio de sus originalidades y extravagancias. En fin, como á media noche despidiéronse, y volvimos á quedar en la dulce paz de nuestro modo de ser.

M. Caylus no me dejó, por nada, irme á acostar en el momento. La champaña lo había animado un tanto; demostraba una vivacidad ó mejor dicho, una espiritualidad, que en otras circunstancias, (nunca en aquellas), me habría parecido encantadora, y las gracias del ingenio de

aquel hombre, sólo servían en aquellos momentos para agravar mi dolor, y hacer mi pena más amarga.

Por último, hizo además de retirarse á su alcoba, pero nó sin preguntar antes:

—¿Ha puesto ya todo el mundo sus zapatos en la chimenea? Esta costumbre era en M. Caylus una manía. No perdonaba él que todos los que estuvieran en el castillo la Noche buena, señores y sirvientes, grandes y chicos, faltasen al hábito secular. Ni él mismo dejaba jamás de cumplir con el tradicional requisito. Quiso á toda costa que yo pusiera un par de botines, (los míos eran unos pesados-enormes zapatos de camino), en la chimenea del espaciosísimo comedor del castillo; y he de decir,—para que bien se conozca el bondadoso carácter de M. Caylus,—que sólo fue cumpliendo con esta condición, como me devolvió la libertad.

**

La noche que pasé fue atroz. De cierto que no habría sido más espantosa mi desesperación, que si hubiere estado esperando mis últimos instantes. ¿No era una especie de condenación á muerte, verme separado para siempre de esa Jacobina con quien tantos deliciosos sueños habíamos hecho, y con quien tres días antes estaba yo seguro de terminar mi peregrinación sobre la tierra? No podría decir, porque no lo sé cómo ni cuándo me sepulté en las sombras del sueño;—y sólo recuerdo que era ya muy de día cuando abrí los ojos, que me vestí rápidamente y entré en el inmenso

comedor de Vignerolle. Todo el mundo había llegado allí mucho antes que yo. Saludé al señor y á la señora Caylus, besé á los dos niños que estaban como estáticos ante las maravillas que habían bajado por la chimenea, y confieso que su alegría me mortificó. Tuve para Jacobina, ¡cómo nó! una mirada melancólica y un recuerdo de la incomparable Noche buena de 1894, y casi me sentí desfallecer.

—¡Y qué! me dijo M. Caylus con una sonrisa generosa; ¿no nos fijamos ni reparamos en lo que la Noche buena ha puesto en nuestros zapatos?

Dirigi los ojos hacia la chimenea, y no vi ni huellas de mis botines. M. Caylus se reía, y Jacobina estaba *coloradita* y como intimidada. De súbito tuve algo, así, como una especie de fascinación, porque bajo los pies de Jacobina aparecía uno de aquellos mis enormes y feos botines.

Quedé como atolondrado, entre la sensación indefinida de una chuscada, pero el instinto también de alguna cosa grave y decisiva. En éstas y en aquéllas oí la voz de M. Caylus, que como entre sueños me dijo:

—Mi joven amigo, ¿no estáis acaso contento con vuestro lote?

Creí volverme loco. Un placer, un gozo infinito llenó mi sér. . . . Saltábame el corazón, como saltan contra las piedras, las aguas de un torrente. Me dirigí hacia Jacobina con trémulos pasos:—ella estrechó mis manos, suave pero efusivamente,—y ambos confundimos nuestras lágrimas de amor y felicidad. . . . En seguida estreché á M. Caylus: llené sus manos generosas con mis incontables besos, y lo abrazé una y muchas veces en la más grande emoción de mi reconocimiento.

—¡Muy bien, muy bien! exclamaba aquel hombre incomparable. . . . Confesad, joven amigo, que si la chanza podía haber sido más fina, indudablemente que no habría podido ser mejor. . . .

J. H. ROSNY.

EN UN LIBRO DE MUJER

PÁGINA LITERARIA

Os lo doy: Es mi blasón, es mi Biblia—Cierto que llegáis tarde, en otoño—Sin embargo, agregadle una página.

I

He leído, señora, vuestro libro. Concibo que lo guardéis con esmero y lo mostréis con orgullo, porque él dice á todos que en la oscura elaboración de los seres, el alma misteriosa que incessante realiza el milagro de crear, hizo alto, hizo luz, y en un acto de alegría por el cual se renovaba y reencontraba á sí misma, os creó á vos, aparte, sola, como un sér de excepción. Del uno al otro extremo del volumen, que es un tesoro antológico, escritores, oradores, poetas esclarecidos cantan en vos la belleza, os exaltan, os pagan el regio tributo que de uno á otro polo de la tierra, en todas las razas y edades, las almas elegidas han rendido al océano, á la aurora, á los crepúsculos, á la gloria del sol, á las noches inauditas, al maravilloso imperio azul del cielo. . . . Es un libro de admiración y adoración. Como una musa, habéis prendido en espíritus excelsos la inspiración de vues-

tra belleza. Como un ídolo, recibís incienso, plegarias, himnos. Así vuestro libro es un templo raro y radiante, blanco como el mármol y puro como el alba, del que sois vos la diosa. No la turba, una muchedumbre luminosa, profesa y prolonga el culto vuestro. Por las gradas de oro, profusas, palpitantes, únicas adoratrices dignas de vuestra corte, trepan innumerables las flores, en una acción incendiaria de color, de fragancia, de trastorno, de embeleso; suben hasta vos, son vuestras siervas que arrojadas van, cuajadas de belleza, vasallaje á rendir á vuestra belleza. Cual mariposas de oro, vuelan en la brillante atmósfera los versos, los cánticos, las frases idolátricas, llenan el templo, arroban vuestra alma, y envían á las alturas, cual hondo y viejo anhelo de la tierra, una infinita sensación de esperanza, de entusiasmo, de ventura; el soñado renacimiento de épocas y pueblos que fueron fecundos y pasmosos por la belleza, porque hicieron, como el alma del misterio ha hecho en vos, señora, obra de belleza. Vuestro libro es el poema de vuestro reinado. Habéis sido reina, habéis imperado sobre los corazones, desarrollando los más altos y nobles sentimientos. Habéis sin duda también turbado muchas conciencias. Ante vos, como ante el abismo, cuántas almas habrán sentido el vértigo! Bajo vuestro dominio, rompen cual ruseñores los corazones, ábrese como rosas de púrpura ó como lirios azules, abrasanse como al paso de los grandes soplos mágicos, religiosos ó heroicos; pero en el propio delirio, óyese á veces gritos desoladores, cual si arrancados de mortales angustias. No hay dominación sin crueldad: y la belleza es también cruel, señora, ferozmente cruel, como la verdad, aunque por modos muy diversos.

II

En la lectura de vuestro libro, un frecuente trabajo de evocación hame obligado á largas pausas. A la postre, estas pausas han sido de éxtasis. Yo os he visto en la espléndida madurez de vuestra hermosura, y al veros he sentido huir vencida mi tristeza filosófica, y he convenido conmigo mismo en que la vida es un beneficio, y he experimentado gratitud por la existencia; pero infundido por el impetu y la energía de inspiración que en las más eximias lirias de cuantas aquí os cantan estalla como un tropel de olas, he sentido la necesidad de veros en vuestra mañana, de asistir con mis propios ojos á la primavera de vuestra belleza, y con los ojos de mi alma os he visto! Suscitada en mi horizonte moral, limpia y fija como un astro, vuestra figura hame comunicado entera la emoción de su portento. Me he sentido alumbrado por una luz nueva y penetrado por una impresión desconocida. Mientras más la he mirado, más me ha poseído; y del silencio, y del esfuerzo, y de los arcanos de esta contemplación, ha surgido purificada y triunfante como el águila de las hogueras antiguas, la idea sin deleite de la perfección, mi culto por la belleza, mi conciencia de la vida. Al influjo de la divina providencia de vuestro rostro resucitado, he soñado en las esperanzas más ilustres del espíritu humano; y he afirmado mi fe en los

milagros del entusiasmo, en la victoria de la utopía, en un porvenir de belleza bajo cuya soberana armonía la justicia, la libertad, la verdad, la bondad, ejerzan el señorío del mundo. Ya véis de qué manera cúmplense los designios del misterio. Como en el sol, la obra de belleza en la mujer es asimismo obra de vida. Y así como mucho después de la muerte del sol, su inextinguible luz colora las sombras, y en el más remoto punto del oriente un fulgorcito suyo pone un capricho cual si pintara un recuerdo; y en las nubes más hoscas, en las más lívidas, dibuja preciosas trasparencias, y la sangre del crepúsculo, tarda en desvanecerse, mancha gloriosamente la tiniebla y ornata de rojas fantasías la brumosa negrura del poniente; así vuestra belleza, aún no añosa y ya no joven, continúa en la actividad de su misión, en la ejecución de su obra de vida, acrisolando los sentimientos fuertes y puros, alimentando el fuego del corazón, conduciendo las almas hacia arriba, en marcha segura al ideal.

III

Habiendo sido la belleza habéis sido el amor. De modo que el misterio encarnó en vos lo más sublime y poderoso de su procreante seno. Divinidades supremas de la vida, juntos han sido el amor y la belleza manantial milagroso á donde hasta los ánimos más desheredados han bebido licor de felicidad, y cuya magia ha hecho al través de los tiempos la transfiguración de los pueblos y la magnificación de los genios. No hay hazaña ni prodigio en la historia, no hay acto de abnegación y de piedad, no hay creación trascendente, no hay impetu, vuelo, ardimiento que en la belleza y el amor no haya tenido su numen. Por ellos, para ellos, todo vive, en ellos encuentra su razón de existencia. Grecia, Roma, la Italia del Renacimiento, la España de Velásquez, la Francia de los últimos siglos, á ellos deben haber sido, ser eternamente. Homero, Shakespeare, Zola, son sus hijos. Negra sería la tierra sin el sol de la belleza, sin el sol del amor. Quedaría aniquilada sin ellos la inteligencia, para la cual fueron creados y sin la cual no se explican. La creación toda está ahí, en esas tres grandes cosas, señora, que son también vuestros dones; sagradas, adorables y eternas potestades, origen de toda sabiduría, causa de toda grandeza, centro de toda fuerza, principio y fin de toda venturanza, verdadera omnipotencia del mundo. . . . Yo os cuento, pues, señora, entre los bienhechores. Sin renombre, sin ruido, circunscrita únicamente á cuantos fue concedido el privilegio de miraros, de escucharos, vuestra tarea de bien no ha sido por eso menos importante. Habéis sido redentora, sin martirio, sin estragos. La contemplación de vuestra belleza debe haber sido una liberación. Del pesimismo, del vencimiento, del duelo de la vida, deben haberse elevado los espíritus jubilosos y radiantes como el día. Y puesto que de vos han caído sobre la tierra bienandanzas; puesto que habéis derramado, como sus frutos los árboles, como su luz las estrellas, la salud de las almas; puesto que almas insignes entonaron á vuestro triunfo bendiciones, yo os venero, señora, y reverencio como á los bienhechores.

IV

En las hojas de vuestro libro el tiempo, ese anciano platero, ha impreso ya su sello amarillento. Las grandes almas que en ellas depositaron primorosas flores de arte, han caído casi todas al golpe de la hoz implacable, en la continua vendimia de la muerte. Muchos de los nombres famosos que aquí grabaron su envidiable prestigio, ya no resuenan en el fragor del combate. En vos misma miro ¡ay! avanzar el invierno.... Pero no! Vos no moriréis. La deidad que hay en vos no se extinguirá nunca. Como Venus en el mármol helénico, viviréis, señora, en este libro, que ha sacado de vos y ha producido para vos la maravilla de la Vida Inmortal!

JACINTO LOPEZ.

«TROPICALES»

AL LECTOR

¿Quién es Muñoz Rivera?

Un talento robusto al servicio de un gran carácter: un alma épica dentro de una naturaleza rebelde a todo yugo, apta para la resistencia y capaz de cuanto esfuerzo se requiera en la ardiente y encarnizada persecución de la justicia.

Nació, como las águilas, en paraje montañoso; acostumbró su cuerpo a las arduas ascensiones; aprendió a dominar desde la cumbre los vastos horizontes; y, como a Juan en Patmos, golpeó su frente el viento de la cumbre.

Tras el golpe revelador radió en su espíritu el ideal; y fue el suyo la noble empresa de convertir a su pueblo al culto de la libertad y del derecho.

Abandonó sus montañas; plantó su tienda en la acrópolis del coloniaje; y allí mismo, ante dominadores y dominados, evangelizó con la palabra y determinó con la acción.

Sufrió, en tanto, cuanto tenía que sufrir como batallador y como apóstol; pero hasta el último día de la pugna en el propio terreno del adversario, impulsó el alma puertorriqueña a las más honrosas conquistas del patriotismo.

Durante esa brega, reñida cuerpo a cuerpo, día por día, hora por hora, en la prensa, en la tribuna y en la plaza pública, el espíritu del poeta nunca claudicó ante el espíritu del batallador; antes bien, cuando éste concedía alguna tregua, el del poeta se adueñaba de la altura y flotaba sobre el campo de pelea, á veces cual celaje iridescente ó ya cual una nube de tormenta.

Conoció la divina embriaguez del triunfo,—aunque por breve tiempo;—y cuando vió su obra desplomarse bajo el peso del águila hiperbórea, emprendió entonces la ruta del exilio.

Hoy estorba en su tierra!

AL POETA

Antes de que tu libro viniera á mis manos, y antes de que tu patria me brindase cariñosa hospitalidad, amaba ya tus versos ¡oh poeta!—Amábalos, porque en ellos se hermanan la fuerza y la belleza como en los bronceos de Lisipo; amábalos porque cantan; amábalos porque truenan.



JUNTO A LA ROCA

A Marco-Antonio Saluzzo,

como poeta.

*Iracundo temporal,
bajo negra cerrazón,
embate contra el peñón
de la entrada del canal.*

*Treme y cruje el pedestal
del antiguo torreón;
y sobre el ponto el alción
huye espantado al nidal.*

*¿Qué extraña y dulce emoción
ante el imperio del mal
exulta á mi corazón?*

*Es que en la brega fatal
rechaza enhiesto el peñón
la injuria del temporal!*

Andrés MATA.

1902.

No quisiera apuntar una sola observación contra tu libro, porque te admiro sin envidias y creo en la eficacia de tu alta mentalidad. A mi admiración no le seduce escudriñar en los dominios del análisis. Decía Martí:—«Cuando tengo que decir bien, hablo. Cuando tengo que decir mal, callo.»—Gran decir!

Juzgo, sin embargo, que no siempre debe seguirse al pie de la letra la determinación del maestro. Permíteme, pues, decirte al oído ¡oh poeta! que nada perdería tu libro si el crítico le arrancase algunas páginas: aquellas muy pocas páginas donde no palpita tu carne, donde no se ve la fuerza de tu espíritu: aquellas muy pocas páginas—que no te cito porque bien las conoces—donde palidece tu personalidad y flaquea tu arte.

—El supremo valor del poeta estriba en saber matar á los hijos que no se le parecen. Te ha sobrado valor para todo en la vida, menos para imitar á Saturno.

Ante *Nulla est redemptio* y *Paris*, ante *La marsellesa* y *Varsovia*, ante *Confidencias* y *Vendimiaria*, ante *Paréntesis* y *El paso del déspota*, ¿qué valen aquellas páginas?—No dudo que firmadas por un poeta menos poeta que tú constituirían una reputación; pero en tu libro no tienen otro mérito que el de aparecer amparadas por tu nombre, bajo el centelleo de tu lírica esplendente.

Hay, entre otras, una poesía en tu libro que me era desconocida. Esa poesía se intitula *Vendimiaria*; y, si el entusiasmo no me traiciona, creo que el poeta que la produjo puede, entre Díaz Mirón y Rubén Darío, presentarse al estrado de la crítica, dispuesta la frente al verde laurel y el alma á la victoria.

A ésta la concibieron los griegos sin alas para que no volase de su lado. Yo quiero que la tuya tampoco tenga alas para que sea el blasón invariable de tu escudo.

ANDRÉS MATA.

Marzo de 1903.



MARIA RECIBE EL CUERPO DE JESUS. — Cuadro de J. Aubert

LA ESTROFA QUE QUIERO

Para «El Cojo Ilustrado.»

En mis noches sombrías y largas,
 En mis noches sin sueño,
 Cuando el ritmo—martillo de oro—
 Golpea tenaz mi cerebro,
 Enlazo palabras vibrantes y armónicas,
 Cual perlas que engarza un joyero,
 Y la estrofa que busco en mis noches,
 En mis noches sin sueño,
 La estrofa que cante y que ruegue,
 Que diga ternuras, que diga secretos,
 Que condense mis ansias sin nombre,
 La que ansío decirte hace tiempo,
 No irradia en mi mente,
 Vibrante, armoniosa y vivaz cual la quiero.

En mis noches oscuras y largas,
 En mis noches sin sueño,
 He visto
 Que es vano mi esfuerzo
 De rimar en acordes palabras
 La estrofa que busco, la estrofa que quiero.

Cuando cerca, bien mío,
 Los dos nos hallemos,
 Cuando rocen mi frente
 Tus sedosos y rubios cabellos,
 Y lea ternuras

En tus ojos azules, tus ojos de cielo,
 Mis labios amantes pondrán en tus labios
 La estrofa que busco en mis noches sin sueño,
 La que diga á tú alma mis ansias sin nombre,
 Vibrante, armoniosa y vivaz cual la quiero.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

San José de Costa Rica: 1903.

A UNA CHILENA

(Ester Délano Frederick).

«Yo vengo de una tierra
 Do las lisonjas callan.»
 Así un chileno bardo dijo en mi patria un día,
 Allá do el Funza corre por campos de esmeralda;
 Do el turbio Magdalena
 Por entre selvas vírgenes lleva su mole de aguas;
 Donde la calma rompe de las azules noches
 El ronco y formidable fragor del Tequendama.

«Yo vengo de una tierra
 Do las lisonjas callan.»
 Así dijo el gallardo
 Poeta de tu patria
 Cuando cantó á una virgen
 En tierra colombiana;
 Y fueron sus acentos de bardo peregrino
 Cadencias de la brisa que juega entre las palmas;
 Murmuros de las ondas de lagos susurrantes
 En noches estrelladas
 Y notas melancólicas
 De músicas lejanas
 Que evocan en la mente recuerdos de otros días,
 De tiempos venturosos y muertas esperanzas.

Yo vengo de muy lejos. Como el poeta tuyo,
 El que cantó en mi patria,
 El que lloró tristezas, el que narró pesares,
 Y á quien rindió homenaje la musa colombiana,
 También sobre la cumbre de Gólgotas sombríos
 Dejé flotando en himnos cadencias de mi alma;
 Y he visto cómo han muerto
 Risueñas esperanzas,
 Ensueños de mi vida, visiones de poeta,
 Fantásticas visiones de vestiduras blancas,
 Que habláronme de gloria, de anhelos imposibles,
 En noches muy oscuras, en noches siempre largas...

Como él, he perseguido mirajes que se borran
 En el azul brumoso de vagas lontananzas;
 Como él, dejé mis versos
 Donde fijé la planta,
 —Hojas que lleva el viento por campos otoñales,

Gorjeos en el aire y espumas en la playa;—
 También, como él, yo vengo,
 dejando atrás mis ríos, dejando mis montañas,
 De una lejana tierra
 «Do las lisonjas callan.»

Allá los versos brotan
 Cual flores en los campos risueños de tu patria,
 Y en odas y rondeles, ó al són de los banucos,
 Por las ciudades vuelan y van por las montañas,
 Como mensajes tristes de enfermos corazones,
 Cual dulces confidencias de un alma para otra alma
 Junto á los patrios ríos,
 En noches estivales la Musa americana,
 Me dijo los secretos de las inertes sílabas.
 Me dijo los secretos de ritmos y palabras.....
 Y pues me pides versos,
 —Ya que de versos nunca mi Musa ha sido avara,
 Haré que mis estrofas,
 Cual notas de violines, cual notas de guitarras,
 Junto á tu reja, al claro fulgor de las estrellas,
 Formen acorde música de alegre serenata,
 Y hasta tu alcoba lleguen, tu recatada alcoba,
 Para arrullar tus sueños, para arrullar tú alma.

Y cantarán tu oscura, sedosa cabellera,
 Tu cabellera oscura como una noche antártica,
 Y cantarán tu boca, donde la voz es música,
 Tu boca sonrosada;
 Y tus mejillas, frescas primaverales rosas,
 Tu frente, hermoso nácar;
 Y cantarán tus ojos, tus bellos ojos garzos
 Que tienen los reflejos del cielo y de las aguas,
 De las serenas aguas en los dormidos lagos
 Cuando los besa el trémulo fulgor de la mañana;
 Las dichas con que sueñas al empezar la vida
 Y todos los anhelos purísimos de tu alma.

ENVÍO

Chilena de ojos garzos y oscura cabellera,
 Queden los versos míos, queden ante tus plantas,
 Como fragantes flores de selvas tropicales,
 Como fragante ramo de flores de mi patria.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

Santiago de Chile: 1902.

VENDIMIARIA

I

¡Oh, la vid que nos da sus racimos
y en nácár ó en rojo
el licor que apuraron los dioses
en siglos remotos!
Ese filtro más suave que el néctar,
más viejo que el cosmos;
manantial de entusiasmos viriles,
de cantos heroicos;
NUMEN, LUMEN, ET FLUMEN; corriente
de luz y de oro;
alegría que funde las almas
y quema los rostros.
¡Oh, la vid! ¡Qué promesas tan grandes!
¡Qué abismos tan hondos!

II

En el CHIPRE parece que vibran
los ritmos de Apolo
y recobran las islas paganas
su espíritu jonio;
el FALERNO inspiraba á Virgilio
sus versos eclógicos;
á Camóens sublimes *Lusíadas*
dictaba el OPORTO;
el JEREZ en las cañas esbeltas
de pálidos tonos
es la gracia de Dios que en España
vertió sus tesoros;
la andaluza de miel en los labios
y fuego en los ojos.

III

¡RHIN! El Rhin de las náyades blondas;
el Rhin melancólico,
con sus viñas que exprimen el ámbar
en vasos de ópalo.
¡RHIN! El vino que engendra visiones
de encanto recóndito;
paraísos cambiantes y ondinas
de vagos contornos
que á los pobres poetas arrastran
á un fondo sin fondo.
En la linfa se escucha de Werther
el triste sollozo
y palpita de Fausto el soberbio
conjuro diabólico.

IV

Es el arte que ríe y que canta
y del cristal cóncavo
sube al borde y derrama sus perlas
bullente y sonoro.
El CHAMPAGNE del *couplet* vocinglero,
del brindis neurótico,
de las fiestas nocturnas que acaban
en himnos beodos.
Es el genio francés que deslumbra
como un meteoro;
que produce en sus días febriles
un *Rolla* y un *Frollo*
y si quiere el imperio del mundo
se viste de corso.

V

En las copas bohémias el iris
refleja sus cromos
y el TOKAI de matiz encendido
derrama sus chorros.

Allá vá con las turbas errantes
que cruzan el globo
entonando en su zingara lengua
su canto monótono.
Al TOKAI ha pedido su fuerza
Kossut el apóstol;
el TOKAI es el alma volátil
del húngaro estoico;
es la sangre de Hungría que nutre
patriotas indómitos.

VI

¡Oh la vid que nos da sus racimos
en nácár ó en rojo!
Alegría que funde las almas
y quema los rostros;
juventud que se expande radiosa
sin ira y sin odio.
U obsesión que destruye las águilas
y crea los monstruos;
paroxismo que deja en los cráneos
su influjo morboso;
embriaguez que á los seres más puros
revuelca en el lodo.
¡Oh, la vid! ¡Qué promesas tan grandes!
¡Qué abismos tan hondos!

LUIS MUÑOZ RIVERA.

1895.

IN ANIMA VILI

Qué triste anatomía
La que aprendí sobre el revuelto lecho,
En mis horas de insomnio,
Con el dolor por único maestro!

De los músculos supe
La forma, la extensión y el movimiento,
Porque en igneos contornos
Los sentí dibujados en mi cuerpo.

Y como brazos de espinosa zarza
Vi el ramaje intrincado de mis nervios
Al seguir esos hilos que conducen
La sensación recóndita al cerebro.

¡Cuán triste y fatigoso aquel estudio,
Teniendo por descanso y por consuelo
Su amorosa visita; la visita
Que todo enamorado espera inquieto!

Y ella no faltó nunca; ¡era la fiebre!
¡Y me estrechaba en su ardoroso seno!
¡Qué embriaguez de morfina! ¡Cuán frío!
¡Qué placer doloroso tan intenso!

¡Ay! Cuando me dejó y abrí los ojos,
Me vi solo y enfermo;
Y de poder llorar, llorado hubiera
Por pedazos del alma que están lejos.

Después todo pasó; volví á este mundo
Con la experiencia de otro mundo nuevo;
La dicha es egoísta,
Pero no lo fue nunca el sufrimiento;

Y pensé desde entonces en los tristes
Que en las noches de invierno,
Al lado de los suyos agonizan
Sin pan, ni luz, ni fuego.

¡Ah, bendita mil veces mi fortuna;
Que no he visto llorar á los que quiero;
Y en la tortura de mis negras noches
Solo con mi dolor me dí por muerto!

FRANCISCO A. DE ICAZA.

LA POESIA LIRICA Y EPICA

EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

IV



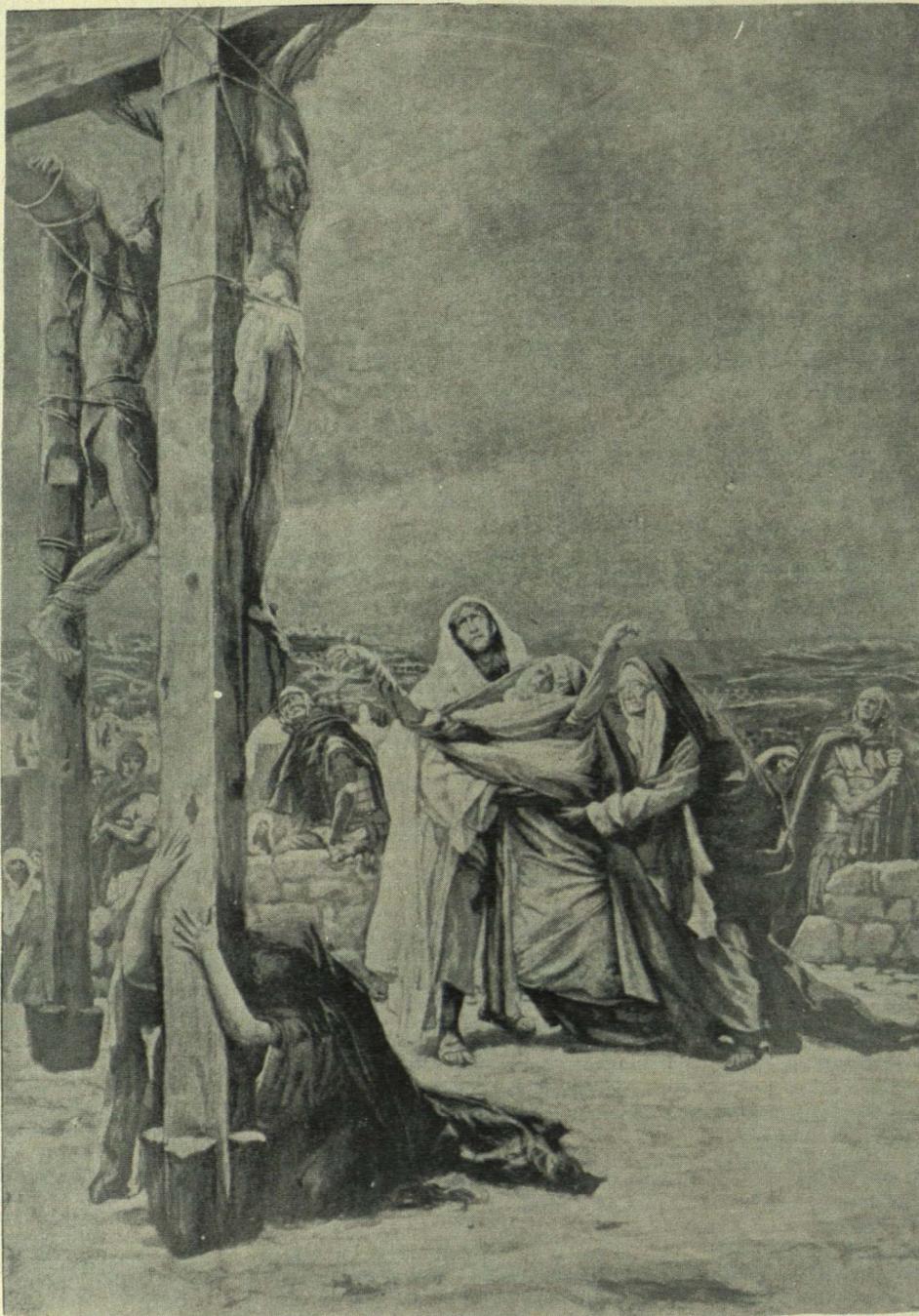
MUCHAS fueron las personas, notables por su saber y por su ingenio, que tuvieron que expatriarse durante el reinado de Fernando VII, ya para salvarse de las persecuciones del despótico poder central, ya para huír de gran parte de la plebe, fanatizada por los frailes, y armada y regimantada con el nombre de voluntarios realistas, que solía insultar, vejar y maltratar á los afrancesados, á los liberales y á los que pasaban por incrédulos y volterrianos.

Prescindiendo de otros muchos emigrados que entonces hubo, me limitaré á hablar aquí de los cinco más importantes que cito en el artículo anterior.

Fue el primero D. Juan María Maury, nacido en Málaga en el último tercio del siglo XVIII é hijo de D. Juan Bautista, del comercio de aquella ciudad. Su esmeradísima educación, sus variados estudios y sus viajes por diversos países de Europa, prestaron á su espíritu y á su natural talento extensa cultura y cierto carácter cosmopolita. Aunque hablaba y escribía diversos idiomas, conociendo sus literaturas y gustando de ellas, jamás se entibió su amor á lo español y á lo castizo, manifestado con brillantez en la singular maestría y en el exquisito esmero que resplandecen en todo cuanto escribió en lengua castellana.

Si por algo peca Maury, es por muy refinado en este punto, sobre todo en los versos. Algún parecido encuentro yo entre el primoroso refinamiento de Maury en sus poesías, y el no menos primoroso refinamiento de otro ilustre malagueño en la prosa. La diferencia estaba en que el malagueño prosista era por el asunto que había elegido más propio de España y hasta de su región andaluza, mientras que hay cierto vago cosmopolitismo en los versos de Maury hasta cuando pone en España la escena de sus ficciones, ó canta y celebra hazañas españolas. Por lo demás, y aunque parezca extraño y paradójico, Maury y D. Serafin Estébanez Calderón, que es el prosista á quien aludo, se parecen en el extremado primor del estilo: en que ambos sicelean, pulen y esmaltan el idioma como el artista que con oro y pedrería fabrica una joya, complaciéndose en presentarnos en completo dechado toda la varia riqueza de nuestro idioma en vocablos, frases y giros.

Las más antiguas poesías de Maury merecen, como pocas, la calificación de clásicas, tal como entonces se entendía el clasicismo. Apenas puede imaginarse nada más atildado y pulcro por la forma. Los versos bien medidos, los consonantes más difíciles, los apropiados epítetos, las elegantes y rebuscadas perifrasis para designar describiéndolos algunos objetos que no se quieren nombrar por sus nombres, todo ello presta á las composiciones de Maury una nitidez preciosa, y hace de ellas muy acabado modelo de un culteranismo de buen gusto. Digno de tales alabanzas es, sobre todo, el poemita *La agresión británica*, escrito en hermosísimas octavas, entre las que sobresalen, conservadas en la memoria por los sujetos que aman el arte, las que describen y alaban las magnificencias del Pirineo y del Apenino, para exaltar mil veces más aún la grandiosa majestad de los



MATER DOLOROSA. — Cuadro de J. James Tissot

Andes, en cuya comparación el Apenino y el Pirineo.

Débil remedo son de la alta, ingente
Cordillera feraz, trono de Pales.

Todavía son más dignos de aprecio, por la melancólica dulzura que los inspira, los versos de la canción *La ramilleteva ciega*; y por colmo de gentileza y de gracia *La timidez*, el más lindo acaso de cuantos romances amatorios se han compuesto en nuestro idioma.

Emigrado Maury y viviendo en París, prestó un gran servicio á las letras españolas con envidiable gloria suya. Venciendo las dificultades de la versificación, y mostrándose eximio maestro en la lengua de Racine y de Voltaire, tradujo gallardamente en versos franceses gran número de

composiciones de los mejores poetas que ha tenido España desde el principio de la edad de oro de su literatura, hasta Meléndez y Quintana. Acompañado trabajo tan brillante con disertaciones y notas que le ilustran, apareció en París *L'Espagne poétique*, mereciendo la gratitud de los españoles que veían así subir á sus más ilustres ingenios á la cumbre del Parnaso europeo, y obteniendo el aplauso y la admiración de los franceses que en los más acreditados periódicos de entonces encomiaron el talento y la habilidad de Maury como versificador, el brío y la elegancia de su estilo como prosista, y el mucho saber y la atinada crítica con que conocía y estimaba las diversas literaturas de los otros pueblos de Europa.

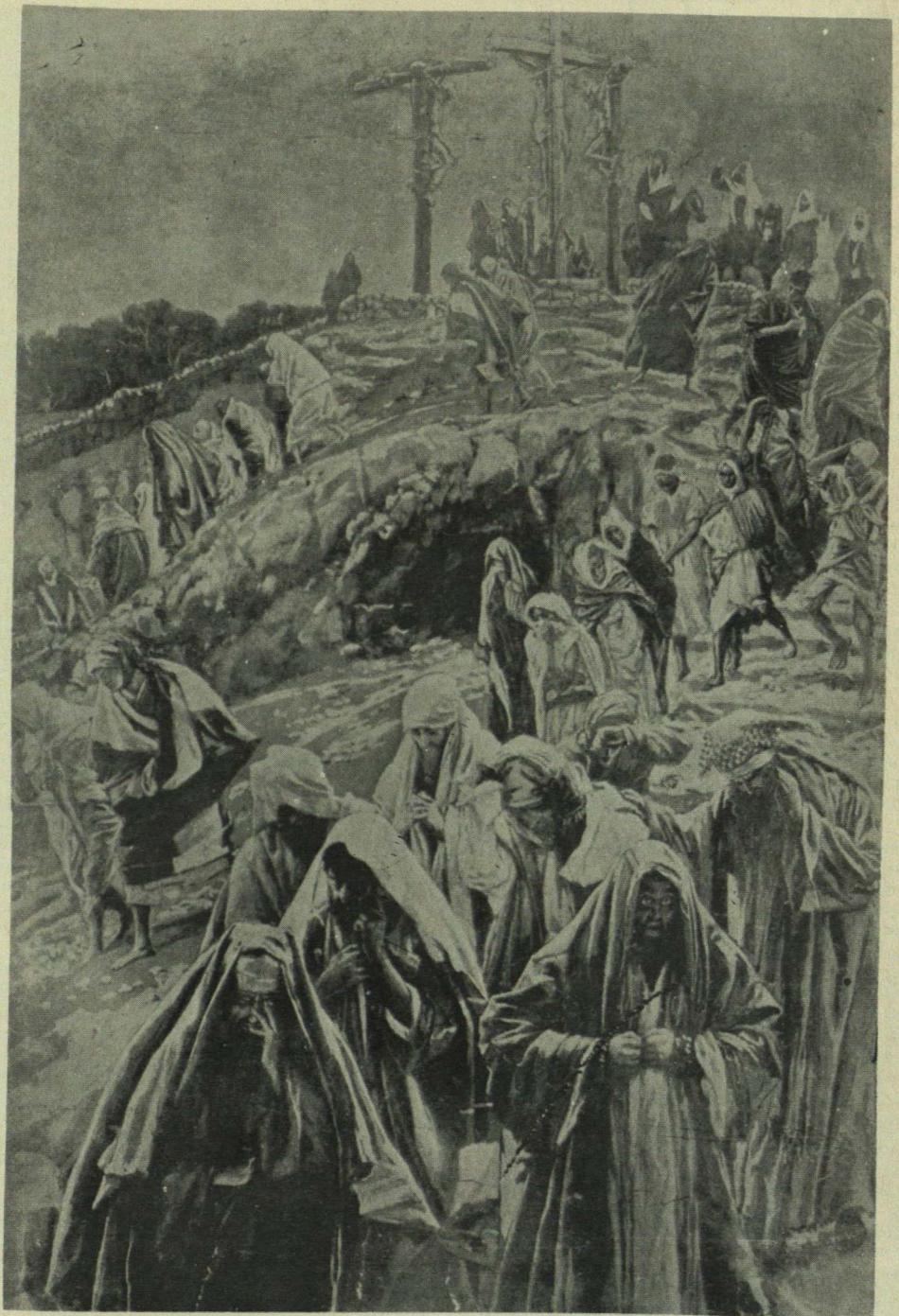
Sin duda, animado Maury con tan en-

vidiable éxito, terminó y publicó también en París, en 1840, su singular poema *Ecevro y Almedora*, cuyo valer, en parte evidetísimo y extraordinario, no acertaré yo en parte á tasar en lo justo por algo de original y de extraño que hay en toda la obra, y que requiere para su detenido examen y estimación exacta, razonamiento más amplio y reposado que el que la brevedad de estos artículos permite. El célebre *Paso honroso* de Suero de Quiñones, cuyo nombre modifica Maury llamándole Esvero, es el asunto, ó mejor diré, el pretexto de la epopeya. Cautivo aquel noble caballero de una gentil y hermosa dama, por quien llevaba un hierro al cuello, decidió para su rescate, auxiliado por otros nueve paladines, amigos ó parientes suyos, romper en justa trescientas lanzas, llamando al cer-

tamen á cuantos caballeros quisiesen acudir, menos el rey D. Juan II y su condestable D. Alvaro de Luna. El *Paso honroso* tuvo lugar junto al puente de Orbigo, á seis leguas de la ciudad de León, en el verano del año de 1434 de nuestra éra, cuando pasaban por allí muchos peregrinos que iban á Santiago de Galicia. Esvero logró su propósito; rompió las trescientas lanzas y obtuvo su rescate, de todo lo cual dió testimonio un notario público, siendo hoy tan extraño documento crónica de aquel curioso hecho de armas. Tal asunto, aunque en alto grado poético, no era bastante para llenar un largo poema en doce cantos, sobre todo preciándose el cantor de tan conciso, como en efecto Maury lo era. Por esto, como ya queda dicho, el *Paso honroso*, más bien que el asunto, es el pretexto de la epopeya; es como el lienzo y el cuadro sobre cuyos principales rasgos ha bordado el poeta una intrincada selva de aventuras y cuantos lances de amor, de gentileza y de caballerías su fecunda imaginación les sugiere. Juzgo imposible dar en breves palabras una idea cumplida del complicadísimo argumento del poema. A mi ver, ni D. Juan Nicasio Gallego lo explica con claridad en el extenso informe que sobre él leyó ante la Real Academia Española, ni lo explica tampoco el mismo Maury en la más extensa carta que dirigió á D. Juan Nicasio, haciendo una ingeniosa apología de su obra. No quiero yo decir con esto que sea obscuro ó tenebroso el poema de Maury, por el estilo de la *Cassandra* de Licofrón. Sólo me limito á decir que, como Maury escribe con rara concisión, para contar en prosa todos los casos é historias que él cuenta en verso es menester escribir más prosa de la que escribieron Gallego y el mismo Maury, y de la que puedo y debo escribir yo en este artículo. Hé de confesar, con todo, que el argumento del poema es algo enmarañado; pero, si esto es falta, bien podemos atribuirlo también al *Orlando* de Ludovico Ariosto, y poner á Maury en muy honrosa compañía.

A pesar de la indiscutible belleza de la dición y de la versificación de las octavas de Maury, y á pesar del rico caudal de pensamientos y de imágenes que ponen en ellas la poderosa fantasía y el vasto saber del poeta, no hemos de negar aquí que *Esvero y Almedora* distan mucho de ser populares y son poco leídos. Nadie se inclina con más respeto que yo ante la sentencia del gran público. Aun suponiendo en este gran público el gusto más deprabado, ¿cómo no reconocer ni admirar en un autor el tino con que acierta á halagar dicho gusto y la virtud magnética con que penetra en el ánimo de sus contemporáneos conmoviéndolos y entusiasmandolos? Tal vez careció Maury de dicha virtud, aunque bien puede decirse que *habent sua fata libelli*.

Entiendo yo, además, que la alta poesía tiene y tuvo siempre no poco de aristocrático. Augusto, Octavia, y como si dijéramos la *high-life* de Roma en aquella edad, se deleitarían con la lectura de la *Eneida*, comprendiendo y gozando sus excelencias y delicadas perfecciones; pero el vulgo de provincias, y aun el de la misma capital del Imperio, preferiría versos más llanos y pedestres de los que nadie se acuerda ya. De todos modos, y yo pido al lector que me perdone si vacilo, Maury hubo de pecar por comprender torcidamente aquello que se dice de que debe escribirse para un público eterno. Tan indiscutible es la ver-



CUADRO DE J. JAMES TISSOT

dad de este precepto, que sólo puede admitirse en sentido irónico que Lope dijera:

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

El escritor, por el contrario, debe combatir esta necedad, si suponemos que la hay. Y nó sólo debe pensar en una posteridad más discreta que la gente de su tiempo al no ver en ésta toda la discreción que conviene, sino también en la gente de otros países, ya que su escrito puede salvar la frontera de su patria y dar muy triste idea del atraso ó de la perversión estética de sus paisanos. Entendido así este punto, no sólo se debe escribir para un público eterno, sino también para un público ubicuo. Mas no es esto decir que el escritor, y sobre todo el poe-

ta, se aise y se retraiga cuando escriba, sin dejarse arrebatar ó sin oponerse á las corrientes de ideas, sentimientos y opiniones que en su época prevalecen. Por algo de este aislamiento y de este retraimiento pecó Maury. Quiso escribir y escribió para un público eterno y ubicuo, pero dejó indiferentes y hasta fríos á los que en torno de él debieran haberse agrupado para escucharle. No comprendió Maury que, si bien importa que por todo el mundo y en los tiempos venideros se aprecie lo que hoy se escriba, esto sólo se logra empezando por interesar á los que viven cuando vive el escritor ó el poeta, hablan las mismas lenguas y tienen la misma patria.

Esvero y Almedora, á pesar de cuanto queda expuesto, es un libro digno de estudio y de admiración, como muestra y

dechado de todos los primores y excelencias de que es capaz la lengua castellana manejada por un poeta original, rico en saber y dotado de la más lozana inventiva.

D. Francisco Martínez de la Rosa es el segundo emigrado del que nos propusimos tratar. Harto menos docto y, á mi ver, menos poeta también que Maury, le vence en popularidad, y logra ser, no sólo en política, sino en literatura, mil veces más influyente. Como lírico, permaneció clásico en la emigración y después de la emigración; pero como poeta dramático contribuyó poderosamente al triunfo del romanticismo con sus dos célebres dramas *Aben Humeya* y la *Conjuración de Venecia*, cuyo mérito no nos incumbe estimar en estos artículos. Escribiendo, además, su tragedia *Edipo*, trajo á nuestra escena una novedad digna de aplauso. El clasicismo de su *Edipo* difiere ya del amanerado pseudo-clasicismo francés, y se acerca bastante á la sublime sencillez del antiguo clasicismo helénico.

Como preceptista, Martínez de la Rosa influyó benéficamente en nuestra literatura traduciendo muy bien la Epístola á los Pisones, de Horacio, escribiendo una muy juiciosa *Arte poética* original, é ilustrándola con notas en que divulga no poco de nuestra brillante historia literaria, harto menos conocida entonces que hoy, y en que juzga á los antiguos y egregios poetas españoles con imparcial, serena y atinada crítica.

La amable flexibilidad de carácter, el espíritu conciliador, la moderación y el recto y sano juicio de Martínez de la Rosa resplandecen, lo mismo que en su vida política y que en su trato social, en las muchas obras que dejó escritas. En literatura, así como en política, huyó de los extremos, si no siempre, en la madurez y plenitud de sus facultades intelectuales, y puso su mayor empeño en conciliar la libertad con el orden. Un tanto cuanto cándidos suelen ser los medios de que para lograrlo se vale. Pero, aun cuando no lo logre, cómo no celebrar y agradecer la bondad del intento? Podrá decirse que Martínez de la Rosa no sienta ni sostiene la base de sus preceptos en filosóficas profundidades; que su estética es harto somera; pero su ingénito buen gusto, cultivado por la lectura de los más selectos autores, suple dicha falta, si la hay.

Aunque como poeta lírico y épico se diga que Martínez de la Rosa no traspasa los más altos grados de la medianía, bien puede afirmarse que, no traspasándolos, contradice por completo la sentencia del vate venusino, porque no pocos de sus atildados y elegantes versos agradan y deleitan aún á los amantes de la poesía. Sobre la corrección, primor y gracia del estilo se advierten en ellos á menudo sensibilidad y delicadeza de sentimientos, y en ellos encuentra expresión sencilla y adecuada el alma dulce y generosa del poeta. Lo que tal vez parece falso en sus versos, no lo es si bien se mira. No seré yo quien censurre que Martínez de la Rosa pondere su deseo no cumplido de volver á vivir en Granada y de morir en las márgenes del padre Dauro, *manso río de las arenas doradas*. Hace más de cuarenta años que estoy yo deseando, ó diciendo que deseo, retirarme del mundo é irme á vivir y á morir en mi lugar, y todavía sigo en el bullicio de esta capital, aunque viejo, enfermo y casi ciego. El hombre propone y Dios dispone. Y suele acontecer que lo que Dios no dispone el diablo sea quien lo disponga.

Por lo demás, se nota en Martínez de la Rosa cierta buena fe casi infantil, que da visos de falso á lo que es verdad si no se considera superficialmente.

Así, por ejemplo, en aquel tan conocido

comienzo de la Epístola al Duque de Frías en la muerte de su mujer. Llamar tristes á las márgenes del Sena; decir que allí no hay flores, porque las flores no nacen entre el hielo, y porque, si nacieran, se marchitarían al tocarlas el poeta, todo es gran falsedad objetivamente considerado; pero el poeta es sincero y verídico, porque expresa y se conoce que expresa lo que sentía. La tristeza y el hielo no estaban en París, sino en su corazón.

De índole diametralmente opuesta es el tercer poeta que entre los expatriados sobresale. El gaditano D. José Joaquín de Mora, muy liberal en política, y de ideas religiosas y filosóficas en gran desacuerdo con las que en España prevalecían, tuvo que emigrar en 1823, y anduvo peregrinando durante muchos años por diversas y apartadas regiones. Su vida en aquel tiempo se asemeja bastante á la de los antiguos poetas, sabios y filósofos griegos, que tal vez iban á adquirir ciencia en Egipto, en Fenicia, en Frigia y en el centro del Asia, y tal vez acudían luego á remotos países, colonizados por compatriotas suyos, para divulgar allí dicha ciencia y contribuir al establecimiento de nuevas ciudades y repúblicas, redactando sus leyes y Constituciones. En el Río de la Plata, en Chile, en el Perú y en Bolivia, Mora divulgó sucesivamente la ilustración, educó á la juventud é intervino en los asuntos políticos de aquellos Estados nacientes, haciendo un papel parecido al de los mencionados griegos antiguos, salvo que, no envolviéndose como éstos en la niebla con que los siglos en su transecurso los han circundado, Mora deja ver menudencias y lunares que quitan grandeza y hermosura á su historia. Aun así, y tal como la ha escrito en un grueso volumen el docto chileno D. Miguel Luis Amunátegui, dicha historia ó biografía no deslucen ni perjudican al personaje de que trata, sino más bien redundan en alto honor suyo. Por ello, y por la imparcialidad de que procede, merece el Sr. Amunátegui el mayor elogio, ya que nunca se ensaña contra Mora, y si no le hace favor, sabe hacerle justicia. Mora tenía que alistarse en uno de los partidos políticos que en cada república se combatían. Triunfante dicho partido, Mora predominaba; pero cuando sus contrarios subían al poder, Mora era objeto de odio y de persecuciones, y tenía que irse á otra república. Satírico y mordaz, Mora desahogaba entonces su cólera en apasionados y á menudo crueles, aunque graciosos versos, contra la república cuyo servicio y territorio había abandonado y contra las gentes que en ella gobernaban. Así lanzó Mora tremendas sátiras contra Chile; mas no por eso buscó Amunátegui en el impropio y en la difamación la venganza.

La fecunda laboriosidad de este peregrino emigrado no cesó nunca, durante los muchos años que estuvo ausente de España, primero en Inglaterra, cuya prosperidad le entusiasmaba, cuyas doctrinas sociales y políticas estudió con afán inteligente y quiso divulgar entre los pueblos de nuestra raza, y en cuya poesía se inspiró para crear la suya, sin que en ella se borrara el sello indeleble de originalidad individual y castiza.

No cabe en este artículo dar más que una idea ligérrima y vaga de varón tan notable por su talento, saber, peregrinaciones y aventuras, y de la gran cantidad de libros y de escritos breves que sobre diversos asuntos arregló, tradujo ó computó para difundir la ilustración en la América española y después en España. Fue sin duda su propósito injertar multitud de púas con yema de sabiduría británica en el árbol de nuestra sabiduría, que á él le parecía harto desmedrado y marchito,

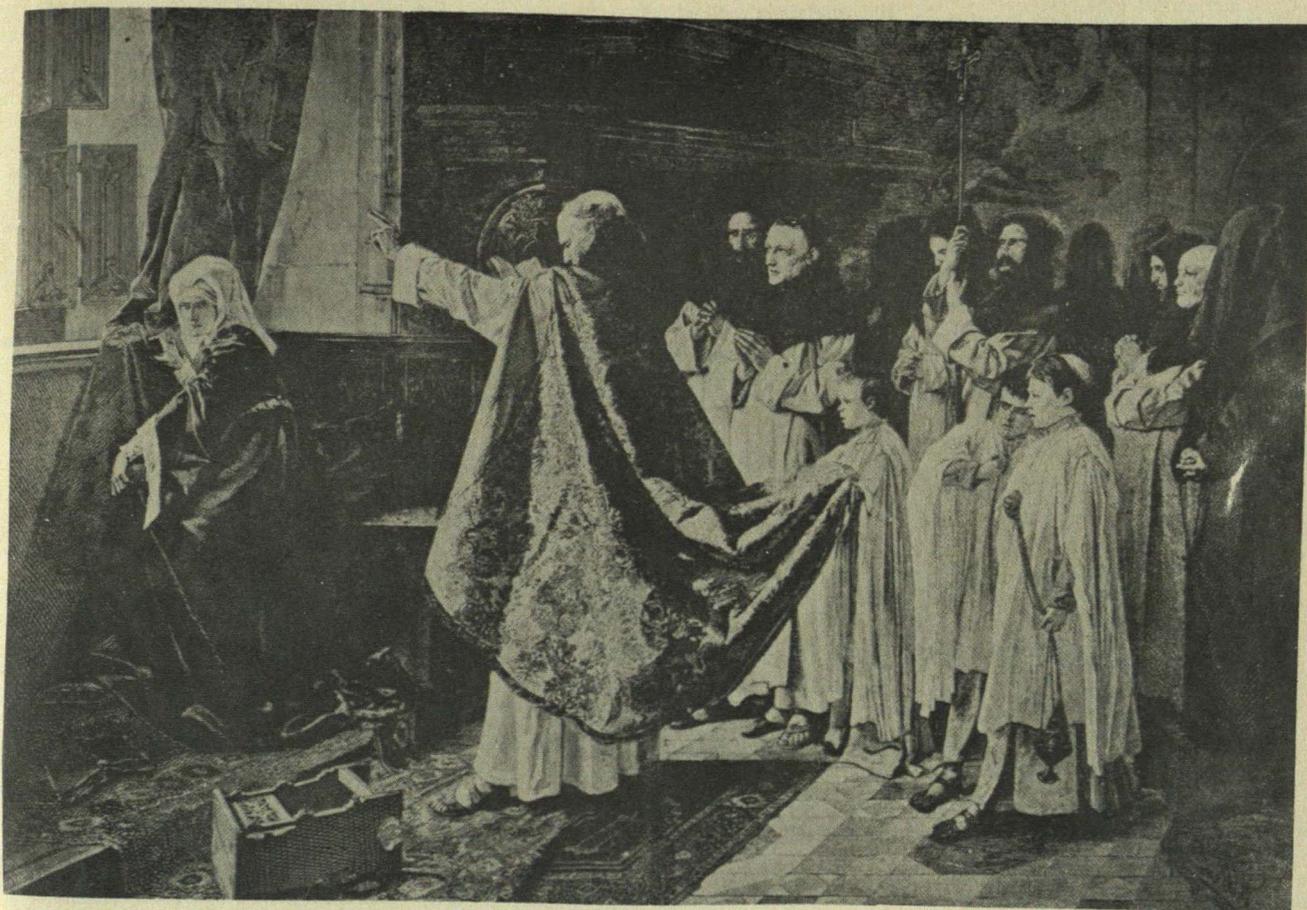
y que por tal medio habría de reverdecer y dar abundante cosecha de hermosas flores y sazonados frutos. Aun antes de irse á América, Mora, en compañía del famoso Blanco-White y con el auxilio del editor Ackermann, escribió para ilustrar á los hispano-americanos varios trataditos elementales, epítomes, manuales ó compendios de ciencias y de artes que, habiendo tantos nombres con que se pueden designar, tuvieron él y sus compañeros la ocurrencia, en mi sentir poco dichosa, de apellidarlos *Catecismos*. Aunque el Diccionario de la Academia lo autorice, yo me atrevo á sostener que sería mejor limitar el empleo de la palabra catecismo, prescindiendo de la etimología, á los libritos que tratan de enseñanza religiosa, ya que no se llaman catecismos los estudiantes, ni catequistas los maestros y profesores.

Como quiera que ello sea, Mora escribió catecismos y otras obras en prosa, ya de filosofía á la escocesa, ya en pro del libre cambio, siguiendo las doctrinas de su amigo Mac-Culloch, de todo lo cual no nos incumbe tratar aquí.

Los versos brotaron también en abundancia de su mente como de natural y copioso venero. Y aunque él estaba tan prendado de la poesía como de la prosa inglesa, fue en sus versos muy castellano, conservó la singular originalidad de su carácter y dió pruebas de rara facilidad y de maestría asombrosa en el manejo de nuestra lengua, del metro y de la rima. Raya en manía su odio ó su desprecio á los versos libres, á los romances y á la pompa de la dición poética. El mérito de la poesía se cifraba para él en expresar los pensamientos en tan llano y natural lenguaje como el de la prosa, si bien encerrándolos en bien medidos versos y prescindiendo de toda buena poesía castellana. Para ser consecuentes, aceptada la afirmación de Mora, sería menester condenar por mala toda nuestra rica poesía épico-popular, desde el Romancero del Cid hasta los romances de Góngora, de D. Nicolás Fernández de Moratín y de otros más modernos y no menos excelentes. Extraña es también la reprobación por Mora de los endecasílabos libres. Aun suponiendo que no sean buenos los que en castellano se han escrito, contra lo cual protestan, con razón, D. Leandro Fernández de Moratín y Jovellanos en sus epístolas y en sus magníficas sátiras, todavía para justificar el aserto de Mora tendríamos que calificar de malos poetas á los más egregios de que en nuestros tiempos Italia se gloria: á Parini, á Monti, á Fóscolo, á Alfieri, á Nicolini y al mismo Manzoni en su poema *Urania*; y es lo más singular, en esta condenación del endecasílabo libre, que la dicte Mora, tan apasionado de la poesía inglesa, sin recordar que en endecasílabos libres han escrito Shakespeare, Milton y otros famosos poetas británicos.

Mora, de todos modos, abominando de la dición poética y poniendo en los consonantes difíciles y en los versos bien medidos la forma esencial de la poesía y lo que la distingue de la prosa, da á la poesía una preferencia que aplaudimos, y pone en ella algo de venerando y de augusto. Hasta cierto punto, casi parece licito, ó por lo menos disculpable, que en prosa diga alguien lo que no siente, ó afirme lo que no sabe ó lo que no cree. En efecto, el redactor de un periódico tiene que expresar á veces lo que el director ó el jefe

de todos modos, abominando de la dición poética y poniendo en los consonantes difíciles y en los versos bien medidos la forma esencial de la poesía y lo que la distingue de la prosa, da á la poesía una preferencia que aplaudimos, y pone en ella algo de venerando y de augusto. Hasta cierto punto, casi parece licito, ó por lo menos disculpable, que en prosa diga alguien lo que no siente, ó afirme lo que no sabe ó lo que no cree. En efecto, el redactor de un periódico tiene que expresar á veces lo que el director ó el jefe



EXORCISMO DE JUANA LA LOCA. — Por W. Geets

de su partido quiere que exprese; el empleado, lo que su Gobierno le dicta, ordena ó dispone, y así en otros muchos casos; mientras que el poeta, sin sujetarse á la dependencia de nadie, no debe expresar sino aquello de que esté profundamente convencido, y ser verídico ó, por lo menos, sincero.

La musa, según Mora, ha de ser inmaculada y santa: órgano de la verdad contra quien no prevalezca cohecho. Para ganarse la vida el poeta debe apelar á otros medios y ejercer cualquier otro oficio. Como poeta debe decir siempre la verdad, aunque tenga que vivir en la miseria y andar desarrapado y hambriento. Mora coincide en esto con el severo poeta Alfieri en aquel famoso libro suyo titulado *Del príncipe y de las letras*.

Honrada y noble es esta opinión, y enteramente contraria á la que sostiene Ludovico Ariosto, á quien debemos excusar y hasta absolver por lo muy regocijado y bromista que era. Ello es que Ariosto trata de inculcar á los príncipes y magnates que sean generosos, y hasta espléndidos con los poetas, de quienes dependen su reputación y su mala ó buena fama.

Elisa, che ebbe il cor tanto pudico
Or riputata viene una bagascia
Solo perche Maron non gli fu amico.

Tomado por lo serio lo que dice Ariosto, viene á ser lo que llaman *chantage* en Francia, y que no sé yo con qué vocablo pueda significarse en nuestro idioma. Muy lejos del *chantage* están la vena satírica y las diatribas de Mora. Su sinceridad y su buena fe son innegables; mas no por esto hemos de sostener que tiene razón en cuan-

to dice: que son pura verdad sus censuras. Tal vez el mal humor es quien se las inspira, y piensa él que hace justicia seca cuando se deja arrebatar por sus pasiones. Bien puede exclamar entonces con Carducci, dirigiéndose á la rima:

Cura e onor de padri miei,
Tu mi sei
Come lor sacra e diletta:
Ave, o rima! e dammi un fiore
Per l'amore,
E per l'odio una saetta.

De saetas y de flores están llenos los muchos versos líricos de Mora, y más aún las abundantes digresiones que intercala en sus poemas, leyendas y cuentos en verso. Apenas hay un punto de moral, de política, de filosofía, de literatura y de historia que Mora no toque en estas digresiones, muy por el estilo de las que ya introdujo en su epopeya el autor del *Orlando furioso*, y de las que usa Lord Byron en el *Don Juan* y en el *Beppo*.

Ya por las digresiones, ya prescindiendo de las digresiones, no puede negarse que las *Leyendas españolas* de Mora son de muy amena y agradable lectura.

Como desahoga su bilis satirizándolo todo con gracia, su sátira no causa gran mal al satirizado, el cual rara vez es determinado individuo, sino vicios en general y en abstracto, instituciones y clases sociales. El clero y los cortesanos y las cortes de los reyes son el más frecuente blanco de sus chistosas iras.

Ya en los últimos años de su larga y activa existencia, Mora se hizo más conservador y menos *clerófobo*.

Además del incompleto poema de *Don Juan*, de las *Leyendas españolas*, entre las cuales descuellan por interesantes ó por divertidas *Don Opas*, *Pedro Niño* y *Don Policarpo*, Mora publicó en Madrid, en 1853, un grueso volumen de poesías, en 4.^o mayor y de cerca de 600 páginas. Aun así, acaso no estén coleccionadas en este volumen la mitad de las poesías de Mora. Era tan fácil y tan diestro en versificar, que hasta en sus cartas familiares é íntimas desechaba á menudo la prosa y seguía escribiendo en versos, primorosamente rimados.

Apesar de tanta facilidad y de tanta destreza, la fama y el crédito poético de Mora no se extendieron mucho por España. Habiendo recibido la principal inspiración lejos de su patria, bien puede presumirse que lo percibía todo ó confuso ó alterado por la distancia; que estaba un poco desorientado y que la corriente magnética entre su alma y el alma de sus compatriotas, si no se había interrumpido, no era todo lo enérgica que conviene para producir una popularidad grande. Mora y sus obras quedaron y siguen en cierto aislamiento, á pesar del innegable mérito que hay en ellas.

El emigrado que mantuvo durante sus largos años de ausencia toda la simpatía poderosa de su españolismo, y que por esto y por su extraordinario valer como poeta debe tenerse por el más popular y el más influyente de todos, es D. Angel de Saavedra, duque de Rivas, de quien no cabe ya tratar en este artículo, sino dejarlo para el siguiente.

A GLORIA FIGUEREDO Y CALCAÑO

Por vuestras nobles y azules venas imperiales,
corre, señora, sangre de bellos ideales;

Vuestra estirpe sagrada es de brillante historia;
sois de una legión de artistas el símbolo de gloria;

Bajo vuestra piel de fina y dulce transparencia,
se agitan ríos de adorable y sutil inocencia;

En vuestro album, jardín de fulgentes violetas,
se aspiran los perfumes de almas de poetas;

Y yo, errante bohemio, que vivo en las estrellas,
os dejo mis estrofas como silentes huellas
de mis recios combates, de mis luchas de hombre,
y os hago el homenaje de rendiros mi nombre!

J. I. VARGAS VILA.

EL ALMA DEL POETA

Poema fantástico en tres cantos
POR DIEGO JUGO RAMÍREZ

INVOCACIÓN

I

Espiritus de luz y de armonía
que las regiones habitáis del Cielo,
Por el éter guiad la Musa mía,
De sus alas regid el alto vuelo
Para que cruce la extensión vacía,
Y de mi mente el insaciable anhelo
Encienda fervorosa en esto santo,
Y con ritmo inmortal vibre en mi canto.

II

Deshágase en vapor la densa nube
que entre sombras mantiene al pensamiento;
Y como emerge del Santuario y sube
Del incienso el aroma por el viento,
Y en el ánfora de oro del querube
Al ara llega de! Eterno asiento,
Así mi canto hacia el Empíreo ascienda,
De mi Amor y mi Fe cristiana ofrenda.

III

Sin treguas busco, cual divino amparo,
La Fe por guía de la humana Ciencia:
Tu encenderás, oh misterioso Faro,
Inextinguible hoguera en mi conciencia;
Y de su luz al resplandor preclaro,
Rendido adoraré la Omnipotencia,
Que al barro vil con su poder anima,
Le da la inteligencia y lo sublima.

IV

Alzate audaz, oh pensamiento mío,
Hacia el Sumo Hacedor que te dió vida;
Lánzate sin temor por el vacío
Y la sombra verás esclarecida
De la Fe sacrosanta al poderío;
Porque antorcha es la Fe tan encendida
Que nada oscuro encontrará tu anhelo
Al encumbrarte con su luz al Cielo.

V

Alzate y cruza el infinito espacio
Donde, sujetos al querer divino,
Los astros de zafiro y de topacio
Dejan surcos de fuego en su camino:

No al fulgor inmortal vivas rehacio
Ni ciego esquivas tu eternal destino:
Encúmbrete al cenit, oh pensamiento,
Y adora al Sér que te infundió su aliento.

CANTO PRIMERO

I

Por el azul purísimo del éter
Donde, átomos de luz, los astros ruedan
Como áureo polvo que girando sube
Y el soplo eterno al infinito avienta;
Más allá de la atmósfera de gasas
En que la luna pálida va envuelta,
Como novia que al ara se encamina
Cifñendo de azahares la diadema;
Más alto que del sol el ígneo globo,
Y mucho más que la lejana estrella,
Donde no alcanzará nunca del hombre
La pobre y limitada inteligencia;
En forma de vapor tenue, muy tenue,
Cual hálito inmortal salido apenas
Del foco excelso del Sublime Padre,
Trémula un alma baja hacia la tierra.
El ángel del Señor, tendida el ala,
La abriga con amor y la sustenta,
Y, por el hondo piélago infinito,
Dirige ufano á la inmortal viajera.
Fúlgido rastro, polvo de brillantes
Al surcar los espacios en pos dejan,
Y ondas de luz purísima en el éter
Que las alas del Angel acrecientan.
De vivo azul, de nácar y de oro
Tiñen los astros la extensión aérea;
Y el alma, por el Angel conducida,
El infinito espacio señorea.

II

En él, con rumbo cierto,
Girando sin cesar va cada mundo
De áureo esplendor cubierto;
Y, en celestial concierto,
Un himno entona al Hacedor fecundo.

Cada radiante estrella,
Cada breve lucero solitario,
Vivida luz destella,
Cual la divina huella
Del augusto Señor de aquel Santuario.

Y enjambre misterioso
De mundos que semejan blanca vía,
En sereno reposo
Se ve más numeroso
Que en la ribera el mar arenas cria.

De estrellas rodeado,
Cada encendido Sol perenne arde;
Y en giro acelerado,
Con púrpura adornado,
De su corte de astros hace alarde.

Por regiones secretas,
Sus caudas de vapores fulgurantes
Descogen los cometas;
Y, en pálidas siluetas,
Se pierden por los ámbitos distantes.

Y cual menudo grano
Entre tanto primor como allí impera,
Con impetu liviano,
Por el confín lejano
Rodar se mira la terrestre esfera.

III

Como ligero átomo flotante
Que vista perspicaz apenas mira
Del mar inmenso en el inflado tul,
Así la tierra, en vórtice incansante,
Sobre el raudal de nebulosas gira
Del infinito por el seno azul.

Y cuando traza el sol con rayo ardiente
Rubia franja de luz en el espacio
Y al antro envía fervido calor,

La opaca esfera brilla reluciente
Cual diminuto grano de topacio
Que del astro refleja el resplandor.
El ángel del Señor extiende el ala;
Y allá del hondo abismo en lo profundo,
Negra sima de aquella inmensidad,
A el alma triste en su inquietud señala
El diminuto y misterioso mundo,
Que esparce en torno tenue claridad.

IV

¿No ves el leve grano
Que entre incontables mundos sesgo gira?
— Dice el divino Con tuctor á el alma,
Que vaporosa y tímida,
Del ángel bajo el ala protectora
Con ansiedad palpita.
— En esa imperceptible
Condensación de tantas maravillas,
Tristes seres, del cielo desterrados,
En el dolor arrastran su desdicha.

Hacia ese mundo estrecho,
Por mandato de Dios vas conducida,
Tú, del foco inmortal de eterna lumbre,
Deslumbradora chispa;
Gérmen del Bien, para el amor brotada,
Y que de Dios al soplo te deslizas
A esferas inferiores,
Donde has de ser la inspiración divina
De un sér privilegiado,
Que sufre la nostalgia de otra vida.

Acata los decretos
Del Sumo Autor de tantas maravillas,
Y el mar de la Esperanza
Con Fe y Amor navegarás altiva.
No al pesar te abandones
De verte al mundo del dolor proscrita,
Que, en premio de tu fe, tu Dios te guarda,
Tu ardiente vuelo guía;
Y lauro excelso de envidiable gloria,
Que el tiempo no marchita,
Ceñirás esparciendo por el mundo
La luz de celestial sabiduría.

V

El viajador espíritu
Serenos escucha al Conductor divino,
Bajo sus alas trémulas,
Obediente al mandato del Destino
Que le ordena surcar la inmensidad;

Y con acento místico,
Cual dulce nota de celeste lira
Que hiere plectro armónico,
Por el éter sutil su voz suspira:
«Cúmplase de mi Dios la voluntad».

VI

Y de una en otra estrella,
Viva luz dejan por rastro;
Y de uno en otro astro,
Polvos de oro por huella.
Blanco el ángel, blanca élla,
Por vapor de gasa leve
Cubiertos, copo de nieve
Fingen, ó vellón de plumas,
Que envuelven sutiles brumas
Y en fúlgido mar se mueve.

De vez en cuando su vuelo
Posan en radiante mundo,
Que viaja por el profundo
Azul tranquilo del cielo.
El alma, en su ardiente anhelo,
Quiere el límite alcanzar,
Y en torno mira cruzar

De soles inmensa grey,
Que esclaviza eterna ley
Del infinito en el mar.

Germen de amarga tristeza
Siente brotar en sí misma,
Y deslumbrada se abisma
Faz á faz de tal grandeza:
¿Dónde acaba, dónde empieza
Tan excelsa majestad?
Lleva la inmortalidad
Doquier dirige su vuelo,
Y mira detrás el Cielo,
Y en torno, la inmensidad.

Y en la infinita extensión
El triste grano de arena,
Donde á bajar le condena
Misteriosa expiación.
El ángel ve su aflicción
Y le dice—alma proscrita
De la mansión de la Gloria,
Lucha, alcanza la victoria,
Y serás por Dios bendita.

El átomo que á tus pies
Navega en la inmensidad,
De soberbia y de maldad
Y de envidia fragua es;
Si en ese mundo que ves
A lo lejos, como un punto,
Forman horrible conjunto
Bien y Mal, Virtud y Vicio,
Vé á ofrecer tu sacrificio
Siendo de virtud trasunto.

En tí llevas del Amor
La ley sacrosanta y pura;
Todo palpita y fulgura
A su divino calor;
Ella, aliento creador
Es del eternal anhelo;
Y en el continuo desvelo
De la triste humanidad,
Ala de inmortalidad
Para regresar al Cielo.

VII

El ángel de nuevo las plumas agita
Y surca las ondas del piélagos azul;
El alma á su abrigo descende sumisa,
Nadando en raudales de vivida luz.

Y soles, cometas, luceros y estrellas,
Con vértigo mira radiantes girar;
Y envuelta en sudario de brumas la tierra
Parece que sube su presa á buscar.

Y vuelan unidos, el alma y el ángel,
De estrella en estrella, de un sol á otro sol;
Y abajo contemplan las nubes errantes,
Cual fúnebre manto de espeso negror.

De pronto se escucha doliente sollozo,
Lamento profundo, constante gemir,
Que brota del antro y asciende estentóreo
Llevado en las alas del viento sutil.

—¿Qué escucho, ángel mío?
—Del género humano
Doliente es el eco.

—Tan triste es su voz?
—Su acento es gemido, sin tregua su llanto,
Y el soplo de vida convulso estertor.

¿No ves cómo agrupan las nubes aquellas
Acá negras sombras, allá mar de luz?
El llanto del crimen cuajó nubes negras
Y aljófár el llanto del alma virtud.

Allá ruge el trueno y el rayo revienta
Que impulsan las alas del fiero huracán;
Acá los reflejos del iris se muestran
Y corre á raudales la lluvia feraz.

VIII

Las únas se alejan
Con fúnebre vuelo,
Y al fondo del antro dan tintes de horror;
Las otras reflejan
La lumbré del Cielo
Que esparcen los rayos fecundos del sol.

Aquéllas envuelven
En sombras el mundo,
Y eléctricos fluidos difunden doquier;
Aquéstas resuelven
El germen fecundo,
Y fresco rocío derraman sobre él.

¿Innumera hueste
No ves de Querubenes,
A diestra y siniestra las alas batir?
El bando celeste
Condensa esas nubes,
Que arroja al abismo, que exalta al cenit.

IX

Sobre las nubes negras,
Los espíritus réprobos se alojan;
Y con lúgubres alas,
Que el huracán azota,
Descienden á los senos infernales
El abismo á colmar de eternas sombras.

En las de ópalo y nácar
Que de lucientes tintas la luz dora,
Las almas de los justos
Ascienden victoriosas,
Libres de la materia por la muerte,
Al trono excelso de perpetua gloria.

Ejecutores fieles
De la divina Esencia Creadora
Son esos Querubines,
Que, en bandas numerosas,
Guían las almas justas hacia el Cielo
Y al abismo las réprobas arrojan.

X

Triste el alma escucha atenta
La voz del Angel guardián,
Y su temor se acrecienta
Al ver que veloces van
Al seno de la tormenta.

En raudos temblor violento
Como el de la blanca espuma,
Como dolorido acento,
O cual levísima pluma
Sacudida por el viento;

El espíritu proscrito
Va del Angel bajo el ala;
Y, con rumor inaudito,
Su rápido vuelo iguala
Por el espacio infinito.

Con indecible amargura
Tiende la vista doliente,
Y sobre su frente pura,
En un mar de luz ardiente
La bóveda azul fulgura;

En tanto que en la penumbra,
Que el oscuro abismo ostenta,
Sólo á intervalos, vislumbra,
Rayo que apenas alumbraba,
Luz que la sombra acrecienta.

XI

Y el áureo nimbo de su clara estirpe
Recuerda con amor,
Al ver la clara luz que apenas tñe
Las sombras que se aumentan en redor.

Y del Bien y del Mal la cruenta lidia
Doquiera alzarse ve;
Y al combate se apresta de la vida,
Por escudo llevando eterna Fe.

Si descende á llorar la desventura
De una raza infeliz,
Y, presa en barro vil su esencia augusta,
Con la vida á lidiar hasta morir;

Confía en dominar de la materia
La aspiración brutal,
Puesta la vista en la azulada esfera
Do está su Dios y su ventura está;

Y holocaustos de amor llevando al ara
De la inmortal Virtud,
A torrentes el sol de la esperanza
Le brindará consoladora luz.

XII

Todo en la tierra es oscuro,
Todo claridad el Cielo;
Mora en la úna lo efímero,
Reina en el ótro lo eterno.
Luz y sombra, muerte y vida
Forman contraste perpetuo
Entre los cielos del alma
Y el mundo de su destierro;
Mas, cual chispa despreñada
Del inextinguible fuego,
Lleva, cual ardiente faro,
Encendido el pensamiento;
Crisol de llamas tan vivas,
Que aquilata al mismo cieno;
Y á su misterioso influjo
Levantándolo á lo excelso,
Sobre las terrenas sombras
Verterá esplendor de cielo,
Tornando el placer efímero
Aspiración de lo eterno.

XIII

Así piensa el alma pura
Para acrecer su valor,
Viendo aumentar el horror
Que esparce la noche oscura,
Cuando como tinta impura
De negro salpica su propio candor.

Junto al ángel que la ampara
Busca, ansiosa, escudo fiel
Contra la prueba crúel
Que el Destino le depara;
Y en tanto la sombra avara
Enluta el espacio, cual negro dosel.

Tiembla el alma, como bruma
Que arrolla la tempestad;
Y brilla en la oscuridad,
Como fosfórica espuma,
Del ángel la blanca pluma,
Que esparce en contorno fugaz claridad.

XIV

Cual verdoso relámpago que inflama
Con pálido fulgor la opaca esfera,
Dejando en su fantástica carrera,
Rastro veloz de su movible llama;
Así el grupo celeste en pos derrama
Brillo fosforescente que fulgura
Y va rasgando la extensión oscura
De trecho en trecho, con radiante lumbré,
Hasta posar al fin sobre la cumbre
Que en la tierra se empina á más altura.

Las alas pliega el ángel, y su diestra
Tendiendo hacia el confín del horizonte,
Desde la estéril cumbre de aquel monte
Al alma temerosa el mundo muestra.
—Mira, le dice—al sér de faz siniestra
Cómo se agrupa en pueblos y ciudades,



UN CONCIERTO. — Cuadro de V. Bezzantini

Y bulle entre mezquinas liviandades.
En pos siguiendo de apetitos viles.
Cual copia innumerable de reptiles
Que se arrastra al correr de las edades.

Mas, no te turbe, oh alma, ni te asombre
Si á la materia culto da el abyecto:
Que á su inmortal estirpe el vil insecto
Tornará por su bien de Dios en nombre.
Muéstrale tú la gloria de ser hombre
A la ley inmortal siempre sumiso:
... pues, la excelsa Voluntad lo quiso,
Habrás tú de regir su pensamiento,
Para que en vigoroso y noble aliento
Se alcance á alcanzar de nuevo el Paraíso.

xv

Tu destino vé á cumplir,
Que es sublime tu misión;
La Fe lleva á la razón,
Heraldo del porvenir.

En la mente el ideal
Graba del divino Bien,
Y tu palabra sostén
Será del Bien contra el Mal.

Vierte á raudales la luz
Que del Calvario brotó
Cuando Cristo redimió
Al hombre desde la Cruz;

Y la ciega humanidad
Verá dichosa lucir,
Cual faro del porvenir,
La ley de la Caridad.

Ley que grita al sér humano
Sin cesar— ama y espera—
Y las almas regenera
Con su poder soberano.

Ley que el derecho reclama
De subyugar las pasiones.
Prendiendo en los corazones
Del divino Amor la llama:

Para que en fuego eterno
Arda, refulgente y pura,
En medio á la noche oscura
De la vida terrenal.

Hé allí el mundo, alma proscrita
De la mansión de la gloria:
Lucha, alcanza la victoria,
Y serás por Dios bendita.

En aquel humilde hogar
Que se divisa á lo lejos,
A los pálidos reflejos
De la luz crepuscular.

Hay una cuna vacía,
Donde el maternal cariño
Arrullará un tierno niño
Nacido al brillar el día.

Tú esclarecerás su mente
Con la luz de la razón,
Y harás de su corazón
Un foco de amor ardiente;

Y en bien del linaje humano,
La Fe, el Amor, la Esperanza,
Serán himnos de alabanza
Para el Poeta cristiano.

Poeta será ese niño,
Y tú el alma del Poeta;
Su mente inspira y sujeta
Bajo tus alas de armiño.

Al primer albor del día,
Tú, del Cielo Embajadora,
Brillarás cual luz de aurora
Sobre la cuna vacía.

DIANA, ORACION Y SILENCIO

En Dennehy.

El cuartelero golpea sobre las carpas:
—¡Arriba! ¡Pronto, que van á tocar
diana!

De adentro se responde en tonos diversos: unos con el «Ya vamos» lastimero, otros con el ronquido supremo, otros con la palabrota cargada de impotencia. Después, todas las carpas ofrecen el mismo cuadro: asoman los gruesos «lamangones», luego las piernas, que el dril protege, luego el capote azul, luego el kepi. Por fin, esa masa informe evoluciona, y el triste dueño se muestra erguido ante la «madre naturaleza...»

Mucho antes de las cinco. El cielo viste tintes oscuros; la luna, al recostarse en occidente, adquiere el color de plata muerta; un velo opaco envuelve las estrellas. En el llano, densa neblina esfuma todas las líneas.

Los círculos de camaradas se establecen. «Buenos días» amables, «buenos días» también acompañados del terminacho irrepelible. Espontáneamente la selección se hace, y las charlas oportunas recomienzan. ¡Oh! lo de siempre: alguien que cuenta un día más, alguien que refiere en detalle las vulgaridades de su noche, alguien que induce, alguien que deduce, alguien que repite su cantilena eterna: el fastidio soberano que lo mina...

Pasan los momentos, y vagas claridades esbozan los objetos. Sobre la vida, que ya rebulle en todo el campamento, se cierne algo semejante á un lívido crepúsculo, y por oriente avanza, suave, el matiz rosa...



EL PINTOR Y SU MUJER. — Por Frans Hals

De súbito, en un extremo, resuena un clarín alegre, uno solo. Y ese clarín despierta otros clarines. Los sonidos se unen, se propagan, cunden por todos los ámbitos,—la loca fanfarria de las «bandas lisas,» la eterna diana, que impregna los corazones de un regocijo desbordante.

En un segundo, la formación. Cada compañía delante de sus carpas. Todos de capote, enfundadas las armas. La máquina humana rígida, en línea recta. La individualidad maltrecha, pero ¡no importa!—en el espíritu y en los sentidos, una turbación deliciosa é inexplorable....

Diez minutos. En seguida, el «¡Rompan filas!» que alguien reputa la única voz de mando posible de tolerar, y la tropa corre á las carpas, á dejar las armas.

La luz de la mañana ha llegado, plena. Las brumas se rasgan, y, fugitivas, se condensan momentáneamente en occidente. El sol, que ha interrumpido un instante con su disco rojo, la línea del horizonte, se eleva poco á poco majestuoso, y, sobre el llano dilatado, un

cielo encantador extiende la diafanidad de sus gasas doradas y celestes....

Ya la mirada distingue netamente los hombres y las cosas. El campamento exhibese brillante, fuertes las tintas, precisos los contornos. Y es una embriaguez de la mirada.... Hacia el norte, hileras interminables de carpas blancas y plomizas, interrumpen transversalmente el verde claro de los campos. Por otro lado, en vaga eminencia, se destacan, sobre el azul del cielo, el barrio del comercio, madera y zinc, y el mirador de la Comandancia, blanco, cuadrado, vulgar. Y detrás, se presenta el llano inmensurable, salpicado de raras estanzuelas y escasos ranchos solitarios. Y en los espacios vacíos, bandadas de gaviotas, de aves salvajes, impelidas en su vuelo por la gran ráfaga de la alegría matinal, que descendiendo á la tierra, infunde alientos hasta en las almas postradas por la faena diaria....

Distribuido el café, viene la ingrata tarea de limpiar las armas. A las siete comenzará la labor ruda....

Por la tarde, poco antes de las cinco,

la tropa, de retorno de esa instrucción práctica, abrumadora bajo el sol de marzo, descansa breves minutos. Después, «¡A ponerse la mochila!» á prepararse para la Lista Mayor.

El toque de orden parte del rincón lejano. Es un clarín imperioso. Y todas las bandas lisas repiten su llamada. Inmediatamente se forma, y se sale al descampado. Allí, mientras el sol declina, se evoluciona un largo rato, y en los momentos de su puesta, emocionante, divinamente hermosa, las compañías enfilan en batalla y así se detienen para la Oración. Los fulgores últimos del sol chispean en las armas de los soldados, en los platos de sus mochilas, en las espadas de la oficialidad, en la espada del Jefe, que, al frente, recto, todo de blanco, domina á todos los hombres. Resuena el trozo solemne, las armas se presentan, y en la extensión que abarca la mirada, los pocos dispersos se detienen, rígidos: el soldado, grave, hace la venia; el paisano se descubre respetuosamente la cabeza. Y en ese instante sagrado, en ese instante fugaz, el sol, ya moribundo, deja en el

EL PAIS DEL SILENCIO

corazón de los hombres su postrimera ternura. Poco después las sombras invasoras llegan también hasta las almas. ¡Ah! la tristeza de la Oración, la tristeza invencible, la infinita tristeza!...

Se regresa á las cuadradas. El soldado se despoja de sus armas, de todos los pertrechos, y se abandona á la expansión de la tarea terminada. Vuelven á formarse grupos. Hacen los comentarios de la jornada, cantan, gritan, chacotean. Algunos reclutas taciturnos se alejan un tanto, y, tendidos de espaldas, cuan largos son, sobre la madre tierra, permanecen callados, con la mirada perdida en la bóveda inmensa....

Las sombras han cubierto el campamento. Llamen: «¡Al rancho!» Se forma, se distribuye la «tumba del soldado.» Diseminados en el suelo, á veinte pasos de las cuadradas ¡oh, el gusto que la necesidad deprime!—todos la saborean....

A esa distancia, sobre el fondo del poniente—violeta, acero, gradaciones sutiles del azul—los hombres parecen cual siluetas trazadas con tinta china. Y pasan, en todas direcciones. Así se reconoce, por los contornos, al compañero retardado, que se acerca cauteloso ante la perspectiva del plantón; así fracasan las tentativas de sorpresa, emprendidas con frecuencia por oficiales subalternos....

En esos momentos, lo íntimo es muy complejo. En ello rematan las sensaciones múltiples del día. Y á veces también, si la marea sube, es con curiosidad y aun con nostalgia, como se evoca el contraste del mundo de allá lejos, donde hay mujeres y donde hay fiestas....

Después de la retreta—última formación del rudo día—viene la hora apacible, hasta las nueve. Se encienden los fogones, los rodean los incansables del mate, y surge la guitarra.... Todo ello á la luz de una luna divina en gira pausada y melancólica.... Es una hora que pasa sin sentirse. Es una dulce embriaguez. Es amplia ecuanimidad de espíritu, un egoísmo inefable, que sustrae todo el resto del mundo y de la vida....

Por fin, del punto ignorado llega el eco grave, casi soñoliento del clarín. Es un eco profundo, pero sin fuerzas, sin alientos, que se propaga penosamente por las cuadradas. La tropa se refugia presto en sus carpas, y las luces del campamento se extinguen en el acto.

Transcurre media hora. Todo duerme. No hay charlas, no hay ruido humano, á no ser las palmadas de aviso de los cuarteleros, las pisadas y voces de los centinelas. De vez en cuando turba el silencio el graznido de lechuzas errantes, ó, á lo lejos, los cascos de caballos de alguna patrulla, acaso el «jefe de día,» recorriendo las guardias. Entonces, algunos que buscan quizá la emoción de lo bello, asoman furtivamente la cabeza y dilatan la mirada por el campamento en reposo. Y así suelen quedarse largo rato, en la contemplación del amplio cuadro iluminado por la luna. Y la luna, maternal y piadosa, va, carpa por carpa, filtrando por los resquicios el rayo delicado que acaricia amoroso el descanso de tantos seres dormidos, confiadamente, con el sueño profundo de la fuerza viril....

MARTÍN C. ALDAO.

Huérano y soltero, vivía con mi hermana, una adorable niña de quince años, que era el deleite de mi corazón, el sol de mi casa. La amaba fuera de toda comparación. Y ¿cómo no amar ese delicioso sér, turbulento y hermoso, espiritual y tierno, entusiasta y generoso, que con la risa asomada siempre á sus labios, vibraba á todo lo bello, á todo lo grande? En esa frágil envoltura de riante niña, se sentía latir un alma ardiente, profunda y libre. Esas eclosiones del heroísmo nacional no son raras, entre nosotros. En el silencio sofocante que pesa sobre nuestro país, en la inmensa sospecha policial que lo encierra, el genio elige á veces para abrigarse, para disimular su nidada, el inolvidable asilo que debe ser en el corazón de un niño ó de una niña. Mi hermana era verdaderamente una de esas elegidas. Sólo una cosa me inquietaba en ella: la extrema franqueza de su palabra y la independencia ruidosa de su espíritu que no sabía callar y ocultar ante nadie, aun ante aquellos en cuya presencia es preciso quedar con la boca bien muda y el alma bien cerrada. Pero me tranquilizaba al pensar que en su edad esos pequeños desvíos son sin consecuencia alguna, apesar de que, en nuestro país, no hay edad para la justicia y para la desgracia.

Un día, volviendo de Moscou, donde habia ido á dar algunas funciones, encontré la casa vacía. Mis dos viejos servidores se lamentaban, sobre un banquito, en la antecámara.

—¿Dónde está mi hermana?, pregunté.

—¡Ay! dijo uno de ellos, pues el otro no hablaba nunca, ellos han venido.... y la han llevado junto con la nodriza... Dios tenga piedad de ella!

—Estás loco?, grité, ¿ó has bebido demasiado?... ¿ó qué?... ¿Sabes siquiera lo que dices?... Vamos, dime, ¿dónde está mi hermana?

El viejo levantó hacia el techo su triste rostro barbudo:

—Te lo he dicho, murmuró. Ellos han venido.... y la han llevado.... El diablo sabe á dónde!

Creí que me iba á desmayar por el dolor. Sin embargo, tuve la fuerza de asirme de una puerta y violentamente articulé:

—¿Pero por qué?... Veamos ¿por qué?... ¿Ellos han dicho algo?... ¿No la han llevado sin motivo?... ¿Han dicho por qué?...

Y el viejo, habiendo sacudido la cabeza, replicó:

—No han dicho nada.... nunca dicen nada.... Vienen, como demonios, no se sabe de dónde.... Y después, cuando se han marchado, no hay más que golpear la cabeza contra las paredes y llorar....

—Pero ¿ella?—insistí—¿ella?... ¿Ha dicho algo? Vamos... ¿ha protestado?... Los ha amenazado de mí, del emperador, que es mi amigo?... Ha dicho algo?...

¿Qué quiere que haya dicho, esa querida alma?... ¿Y qué habria podido decir?... Ha juntado sus pequeñas manos, como ante las santas Imágenes.... Y he ahí todo.... Ahora, tú y nosotros dos, para quienes ella era como la vi-

da.... no nos queda otro recurso sino llorar; mientras vivamos.... Porque no se vuelve nunca de donde ella ha ido.... Benditos sean Dios y nuestro padre el Czar!

Comprendí que no obtendría otros datos de esos resignados y fieles brutos y salí corriendo á informarme. Fui mandado de una administración á otra, de unas á otras oficinas, de unas á otras ventanillas, y en todas partes tropecé con rostros mudos, con almas encerradas, con ojos cerrados como puertas de cárcel. No se sabía.... no se sabía nada.... no podía decirse nada.... Algunos me aconsejaban hablar muy bajo, ó no hablar nada, á volver á mi casa alegremente.... En mi desesperación pensé solicitar una audiencia del Emperador.... El era bueno, él me amaba. Me echaría á sus pies, imploraría su clemencia.... Y además ¿quién sabe?... esa sombría justicia cumplida en su nombre, la ignoraba quizás, la ignoraba seguramente.

Algunos oficiales, amigos míos, á quienes pedí consejo, me hicieron desistir vivamente de mi idea.

—No hay que hablar de eso.... no hay que hablar de eso.... Ello ocurre á todo el mundo. Nosotros también tenemos hermanas, amigas que están allá... No hay que hablar de eso....

Con el fin de distraerme de mi dolor, me invitaban á cenar por la noche.... Nos embriagáramos con champagne, echaríamos mozos de restaurant por las ventanas....

—Venid, pues.... mi querido, venid, pues....

Buenos amigos!....

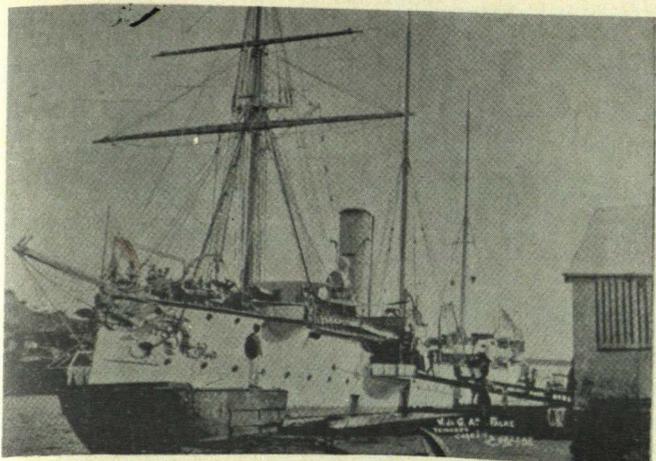
Sólo dos días después, pude hablar con el director de la policía. Le conocía mucho. A menudo, me hacía el honor de visitarme, en el teatro, en mi camarín. Era un hombre encantador cuyas maneras afables y conversacional espiritual admiraba yo. A mis primeras palabras:

—Chitón! me dijo con un tono contrario.... no penséis más en eso.... Hay cosas en que no se puede, en que no se debe nunca pensar.

Y, bruscamente, me pidió una multitud de detalles íntimos respecto á una cantante francesa, aclamada la vispera, en la Opera, y que él encontraba muy bonita.

En fin, ocho días después de esos terribles acontecimientos—un siglo, os aseguro.... ay! si, un siglo de angustias, de mortales sufrimientos, de inexpresables torturas en que pensé volverme loco, el teatro daba una función de gala. El Emperador me hizo llamar por un oficial de su séquito. Estaba como de costumbre, estaba como siempre, grave y un poco triste, con una majestad un poco cansada, con una benevolencia un poco helada. No sé por qué, de ver así á ese coloso—fuese respeto, miedo, la noción precisa, en fin, de su tremendo poder—me fue imposible articular una palabra, una sola palabra, esa sencilla palabra de *gracia!* que un instante antes llenaba mi pecho de esperanzas, se estremecía en mi garganta, quemaba mis labios. Estaba verdaderamente paralizado, y como vacío, y como muerto....

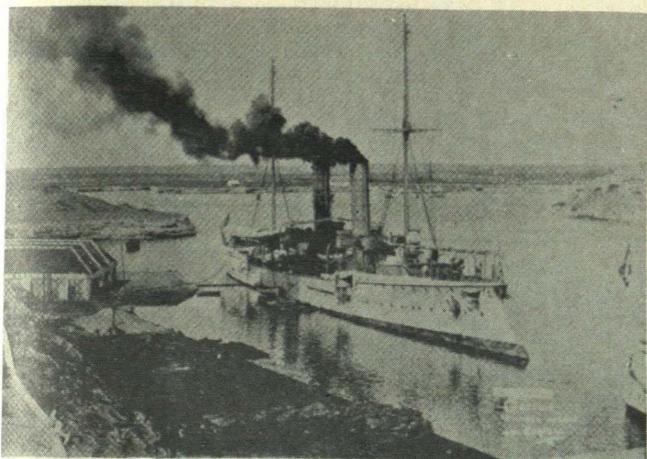
—Mis felicitaciones, señor.... me dijo.... habéis desempeñado vuestro papel esta noche, como M. Guitry....



Vapor de guerra alemán "Falke"



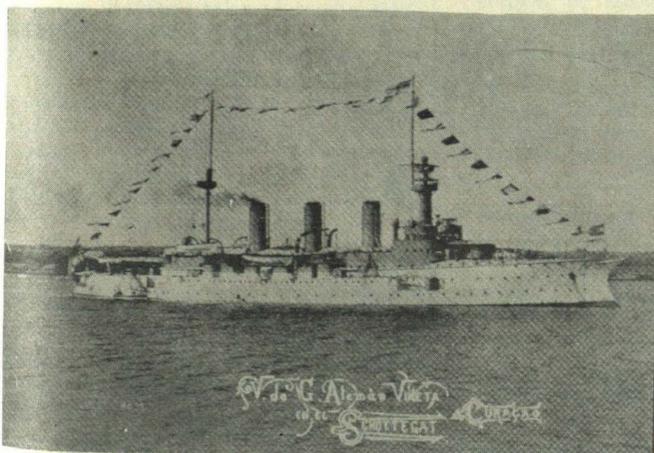
Vapor de guerra alemán "Stosck"



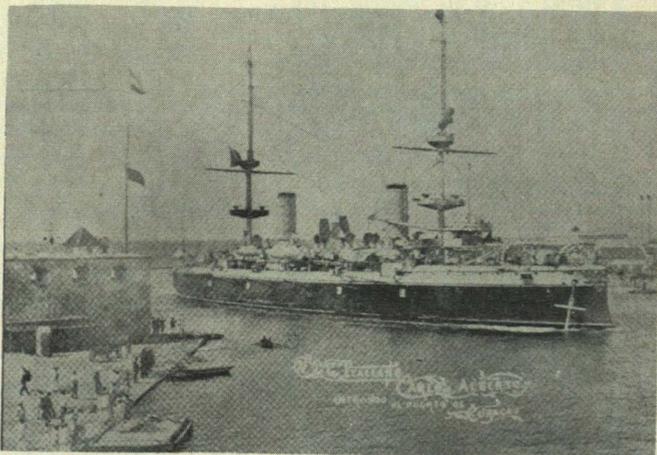
Vapor de guerra alemán "Gazelle"



Vapor de guerra americano "Marietta"



Vapor de guerra alemán "Vineta"



Vapor de guerra italiano "Carlos Alberto," en Curaçao

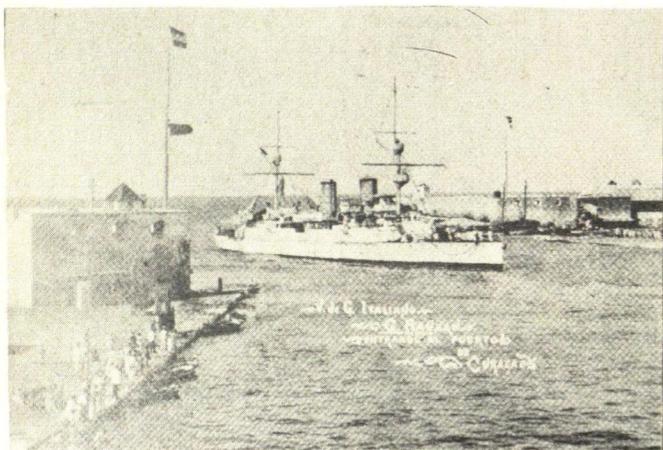
Fotografías de José E. Ugueto

Después de esto, habiéndome tendido la mano para besarla, me despidió graciosamente.

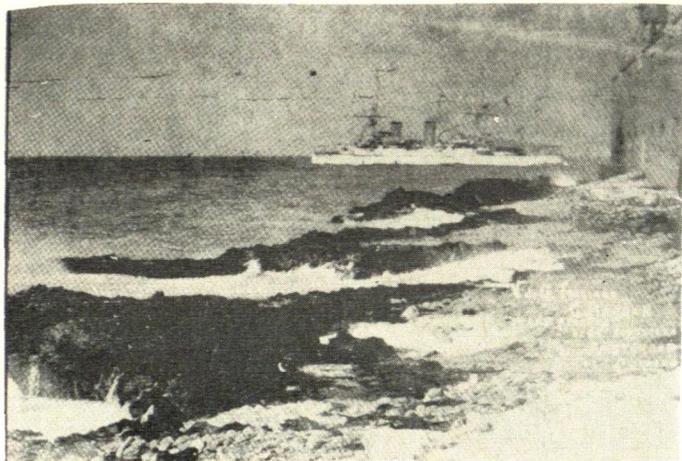
Termino... ya es tiempo y esos recuerdos me devoran el corazón... Dos años pasaron. No sabía nunca nada; no había podido aprender nada de ese horroroso misterio que me había, de repente, llevado lo que más quería en el mundo. Cada vez que interrogaba a un

funcionario, no obtenía otra cosa que ese *chitón!* verdaderamente terrorífico, con que, en el mismo momento del acontecimiento, en todas partes, se habían acogido mis súplicas las más apremiantes. Todas las influencias que tenté poner en campaña no sirvieron sino para hacer más pesadas mis angustias, y más espesas las tinieblas por donde se había tan trágicamente desmoronado

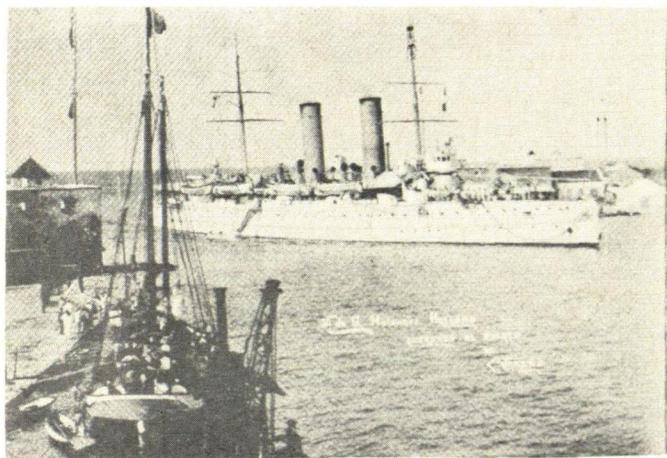
la vida de la pobre y adorable niña que yo lloraba. Debéis pensar si tenía el corazón en el teatro, en mis papeles, en esa existencia emocionante a la cual me apasionaba tanto antes. Pero no pensé un instante, por penosa que fuese, en dejarla... Gracias a mi profesión estaba en relaciones cotidianas con importantes personajes del Imperio a quienes quizá algún día podría interesar útil-



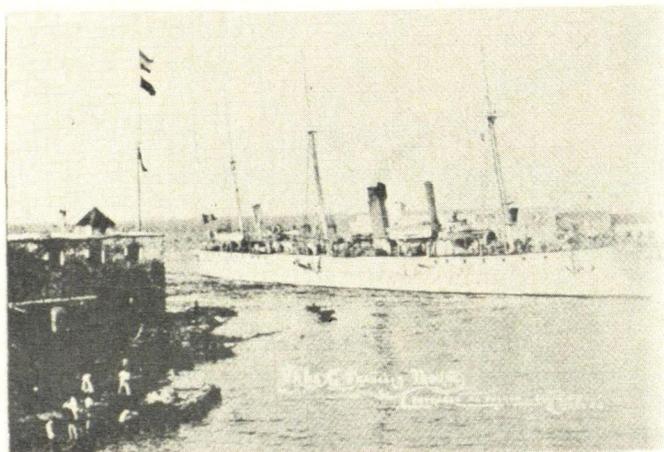
Vapor de guerra italiano "Baussan"



Vapor de guerra italiano "Baussan," cerca de Curaçao



Vapor de guerra holandés "Holland"



Vapor de guerra francés "Troude"

Fotografías de José E. Ugueto

mente en mi horrorosa desgracia. Y me encarnicé por causa de esperanzas posibles, lejanas, de las cuales, por su intermedio, entreveía la luz turbia y confusa. En cuanto al Emperador, me conservaba la misma benevolencia glacial. El también sufría visiblemente de un mal desconocido, con un admirable valor silencioso. Al examinar sus ojos lo sentía... ah! sentía fraternalmente que él no sabía, que no sabía nada, él tampoco, que estaba triste de toda la tristeza infinita de su pueblo, y que la muerte venía, inclinaba, poco á poco, hacia la tierra sus poderosos hombros de imperial y melancólico gigante. Y una inmensa piedad subía desde mi corazón hacia el suyo... Entonces ¿por qué no me atreví á lanzar el grito que tal vez, hubiese salvado á mi hermana?... ¿Por qué?... Ay! no lo sé.

Después de días y de noches de indecibles sufrimientos, no pudiendo más vivir así y decidido á arriesgar el todo por el todo, me fui á ver al director de la policía.

—Escuchad, declaré firmemente.... no vengo á traeros inútiles palabras... no os pido el perdón de mi hermana, no os pregunto siquiera dónde está.... Quiero saber solamente si vive ó si ha muerto....

El director tuvo un ademán de hastío.
—¿Todavía?... dijo. ¿Y para qué

pensar siempre en eso? mi querido... No sois muy razonable, en verdad.... os dais mucho mal inútilmente.... Vamos.... todo eso está ya lejos.... Haced como si hubiera muerto....

—Es precisamente lo que quiero saber.... insistí.... Esa duda me mata.... ¿Ha muerto ó vive aún?... Decídmelo....

—Sois sorprendente, mi querido.... Pero no sé nada... ¿Cómo queréis que lo sepa?....

—Informaos... después de todo, es mi derecho....

—¿Lo queréis?

—Sí, sí, sí, lo quiero, grité....

—Pues bien, sea!.... me informaré, os lo prometo....

Y añadió indolentemente, jugando con una lapicera de oro:

—Solamente os aconsejo, para el porvenir, á concebir de vuestros derechos, mi querido, una idea un poco menos familiar....

Seis meses después de esa conversación, una noche, en el teatro, en mi camarín, mientras me vestía para entrar en escena, un hombre de la policía me entregó un sobre lacrado.... Lo rompí febrilmente. No llevaba fecha ni firma, y contenía estas palabras trazadas con lápiz rojo:

«Vuestra hermana existe, pero tiene todos sus cabellos blancos.»

Vi las paredes del camarín y las luces, y el espejo, girar, girar y desaparecer.... y me desplomé, como una masa inerte, sobre la alfombra.

OCTAVIO MIRBEAU.

SUeltos Editoriales

EUSEBIO BLASCO

Ha fallecido en Madrid uno de los más constantes y esforzados campeones de laboriosidad intelectual. Fue toda su vida de un rudo, diario é incesante trabajo, que le conquistó junto con un largo y merecido renombre, uno de los más prestigiosos honores de la prensa española. Escritor fecundo, novelista, corresponsal eminente, periodista, poeta, sus días estuvieron llenos de afán ennoblecador, y su nombre de justísimo loor.

Paz á la memoria del benemérito de la prensa hispana, en medio siglo de valerosa actividad!

DOCTOR F. MONTESINOS AGÜERO

No somos los que quedamos riñendo la eterna lid, los que acaso sintamos más intensamente la penetrante herida de la inevitable guadaña: en ese duelo silencioso y sombrío, las almas que van á ser vencidas deben tener

antes de la suprema despedida un instante de tristeza infinita, apenas traducida en el estupor que fija las pupilas de los que mueren. ¿Tristeza de abandonar la mísera hora fugaz en que pudo ser venturosa la vida? No: intensa lástima de sentirse plena de vigor el alma y no poder ya, para siempre jamás, demostrar que es posible domar un minuto la vida y hacerla hermosa y magnífica, en espíritu y en verdad, alumbrándola brillantemente con destellos que fulgen de las frentes electas; refrescándola con raudales que brotan de los corazones ubérrimos de generosidad y de amor. Tal el instante de indecible tristeza que debió padecer este joven, que de improviso vió estrecharse el horizonte por la rápida é incontenible aproximación del círculo de misterio con que la Eternidad oprime y estrangula los cuellos que se adelantan á explorar las extensiones de la esperanza, sobre la arena deleznable de acá abajo. Con esa muerte se extingue todo cuanto pudo justificar en un hombre la profunda afirmación consoladora del arzobispo de Cesárea, camarada de Gregorio de Nacianzo: *no había en él nada que produjese tristeza ó lamentación!*...

La familia, las generaciones jóvenes y las letras en duelo merecen todos los votos de nuestra simpatía.

NUEVOS LIBROS

Emilio Zola.—VERDAD (póstumo).—Junto con los diarios de París que anunciaban la salida, de la casa editora de Fasquelle, de la primera edición de «Verdad», el tercero de *Los Cuatro Evangelios* del novelista muerto, llega también á nuestra redacción un ejemplar en español de la misma obra, propiedad y traducción de la afamada Casa Editorial Maucci, de Barcelona (España); hecha la referida versión por el reputado literato Eduardo Gómez de Baquero. Muerto el escritor: pasados los días terribles del célebre proceso, podrá juzgarse lo que encierra la póstuma producción del infatigable combatiente.

COLECCIÓN DE CUENTOS.—**Tulio Febres Cordero.**—En la conocida, por famosa en apreciables producciones, tipografía de *El Lápiz*, de Mérida, de la que es dueño el autor, ha editado éste una bella colección de los conocidos cuentos que, con la recomendación de su firma, han recorrido las columnas de la prensa americana. Son casi una treintena y sólo dos de ellos no habían salido hasta ahora á la luz pública. Sería redundante hacer cualquiera recomendación, ni de las obras ni del autor: tienen las primeras su mérito sancionado por la opinión de un continente intelectual y sábese también cuánto merece de justicia y aprecio la honesta y buena labor del afamado redactor de *El Lápiz*.

Miguel Luis Rocuant.—BUCMAS.—De Santiago de Chile nos remite el joven poeta Rocuant un volumen, el primero de sus poesías, bellamente presentado y abonado por las hermosas aspiraciones, traducidas en elegante metro, de una nueva musa que asciende á las cumbres del Parnaso americano.

PÁGINAS SUELTAS.—**Manuel Antonio Pérez.**—Traen el sub-título de *Primer libro maracayero* y ha sido editado en la aludida ciudad de Maracay.

Reciban nuestros votos de reconocimiento los señores remitentes de las publicaciones que dejamos mencionadas:

NUESTROS GRABADOS

El Angel y las Santas Mujeres

Entre los grandes artistas que han ilustrado las escenas y episodios del Nuevo Testamento, tiene un púesto notorio y glorioso Gustavo Doré. Son obra de su genio una parte de los grabados que reproducimos para este número, cuyas columnas hemos consagrado siempre en esta época, como un homenaje á los días conmemorativos del Salvador.

La escena á que en estas líneas hacemos referencia es la registrada en los Evangelios como correspondiente al primer día de la semana después del enterramiento de Cristo, al día de la aparición en el sepulcro de las Santas mujeres galileas, "que habían aparejado drogas aromáticas y unguentos", y que al presentarse á cumplir su piadoso propósito, hallaron volcada la piedra que cerraba el sepulcro, vacío éste, del cuerpo de Jesús y de pie junto á ellas dos varones vestidos con túnicas resplandecientes, que les dijeron: *¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?* No está aquí, ha resucitado: acordaos de cómo os habló en Galilea, diciéndoos que sería menester que el Hijo del Hombre fuese entregado en manos de hombres pecadores, para ser crucificado y resurrecto al tercer día". Palabras que de nuevo recordaron las galileas y fueron á dar nuevas á los Once y á todos los demás. "Y eran María Magdalena, y Juana, y María, madre de Santiago, y otras que estaban con ellas, las que decían estas cosas á los Apóstoles".

El Magníficat

Tissot ha concebido dejar en una gran tela el episodio de una de las grandes y profundas ceremonias con que se alaba el advenimiento de Dios. Es el momento de entonar el cántico á la gloria única de María, entre todas las mujeres, repitiendo las palabras que Lucas ha trasladado de la tradición, pronunciadas por la Virgen Madre, cuando se siente poseída por el Espíritu: *El Señor*, exclama, *magnifica mi alma*: "ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes", y *hé aquí que de ahora para siempre me llamarán bienaventurada todas las generaciones*.

San Pablo amenazado por los judíos

Pablo es el gigante orador del Cristianismo: tiene de su estirpe, de su condición política, de su naturaleza, todas las condiciones y todos los elementos indispensables para predicar la nueva ley á los pueblos empecinados en la intransigencia judaica y á las gentes hundidas en las infinitas y estériles disputas paganas. El es alto, fuerte, robusto, como nacido ciudadano de Roma y entregado á toda la actividad de su primitiva inquina contra los discípulos de los apóstoles; él es apasionado como un creyente de la vieja ley bautizado por la nueva doctrina; es letrado á la usanza y necesidad de los controversistas del fariseísmo, al cual ha pertenecido; elocuente de palabra, convicto desde un día terrible y maravilloso, enérgico, honrado, altivo, valeroso, audaz. Llevado

El Faro de la Vida.

La superioridad de la Emulsión de Scott es indiscutible y se manifiesta instantáneamente ante el observador imparcial en los puntos siguientes: Primero, su sabor dulce y agradable; segundo, sus enérgicas "propiedades" en los casos de caquexia, tuberculosis, anemia, los infartos glandulares, las afecciones óseas de carácter estrumoso, las afecciones del aparato respiratorio, el raquitismo, etc. También en las convalecencias de enfermedades largas y debilitantes es un buen medicamento.

Además de sus propiedades curativas, la

Emulsión de Scott,

debido á la bondad de los elementos que reúne, tiene el "mérito" de que el aceite de hígado de bacalao, uno de sus principales componentes, está tan bien combinado y disfrazado su sabor que los niños á quienes se prescribe lo toman sin repugnancia.

Las imitaciones de la Emulsión de Scott sirven para causar daños considerables á la salud, por tanto exigir la legítima de Scott, verdadero "faro de la vida."

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.

De venta en las Droguerías y Farmacias.

3 A

ante el pueblo judío para darle cuenta de sus trabajos de propaganda, amotina á Jerusalén, hasta hacerse necesaria la intervención de la autoridad militar romana, y cuando va á ser encerrado en una fortaleza para instaurar contra él juicio de sedición, sabe y reclama su derecho, invocando su sacra condición de ciudadano ro-



Propiedades del Avena-Cacao

El Avena-Cacao fabricado por los señores Fullie & Ca. marca La India, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El Avena-Cacao marca La India, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA

Phosphadine Fullie

es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales.

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
Purgativos, Depurativos y Antisépticos,
Contra el **ESTREÑIMIENTO**
y sus consecuencias:
JAQUECA, MALESTAR, PESADEZ GÁSTRICA
Sin cambiar sus costumbres ni disminuir la cantidad de alimentos, se toman con las comidas, y despiertan el apetito.
Exíjase el Rótulo adjunto en 4 Colores, siempre sobre las cajitas azules meliadas y sobre sus envoltorios.
Toda cajita de cartón ú otra clase, no será más que una falsificación peligrosa
Paris Pharmaci LEBROY 9 Rue de Clerf y en todas las Farmacias.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APOL DE LOS RES
JORET HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fcia G. SEGUIN, PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON
Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y esteriopear el cutis.
Exigase el verdadero nombre
Refútese los productos similares
J. SIMON
13. r. Grande botelière, Paris

mano, immune al tratamiento y justicia ordinaria; y pide explicarse al pueblo, justificarse ante el consejo de los sacerdotes, pelear su causa ante la magistratura del Imperio, y cada vez más exaltado y fervoroso, llevarla en instancia última y suprema ante el César mismo.
Fue, indudablemente, la figura más alta y enérgica que vieron los tiempos de predicación y propaganda en las cimas de la nueva cátedra religiosa.

Jesús y los Apóstoles

No con iracundias, ni con violencias, ni con raptos coléricos por cosas que fueron siempre deleznales como terrenas, fundó Jesús la nueva Humanidad, para siempre y desde entonces inmortal; sino con ejemplos, ley y palabras de amor, de perdón, de humildad y de consuelo. Los Evangelistas recogieron de sus labios el código de la única salvación y de la sola dignidad, aquella que deja intocada en su íntimo sér á la criatura; flores de frescura eternal, con las cuales, los verdaderos discípulos del Maestro de caridad, que pedía misericordia y no castigo, tejen la corona aromosa que alegra los días de aflicción y perfuma la noche de desesperanza.

Bendijo á los mansos de corazón, ofreciéndoles la tierra por heredad; bendijo á los pacificadores, á quienes llamó hijos del Eterno; bendijo á los tristes, ofreciéndoles

consuelo; bendijo á los perseguidos, abriéndoles un refugio en reino inviolable; bendijo á los calumniados; llamó á sí á todos los que lloran y padecen, y les dijo ser la sal de la tierra y la luz del mundo; tomó cuanto en la naturaleza y en la vida hay de blanco, inocente y puro, como los niños, como los lirios del campo, como las aves del aire, y mandó ser como ellos; y él mismo, viviente ejemplo de pureza, lo más alto en alba castidad, se ofreció en modelo: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.* Y la última noche, concluida la Cena y yéndose al Huerto de los Olivos, momentos en que lo representa nuestra reproducción de Tissot, encargó á sus discípulos que le viesen de lejos en la suma agonía que le hizo decir que su "alma estaba existe hasta la muerte". Les encargó que descansasen y durmiesen, hasta que llegada la hora de tomar el camino del suplicio y de la muerte, les levantó, diciéndoles: *Vamos, ha llegado el que ha de entregarme.*

Resurrección de Lázaro

Se aproximan los días en que las almas ávidas de ponerse en espíritu fuera del influjo de las ardorosas pasiones que soplan agostadoras sobre los más tiernos sentimientos de paz y de ideal; en que las almas sedientas de esa trégua irán en peregrina-

ción espiritual á recorrer los puntos en que el hombre fue un día feliz, viviendo en el reino que Dios mismo rigió sobre la tierra. Volverán por un instante á aquel día en que, estando enfermo un hombre de Betania, llamado Lázaro, en la aldea de Marta y de María su hermana, una de ellas fué á Jesús á imponerle del estado de su hermano, el cual murió en tanto llegaba allá el Salvador. Y fue éste recibido con palabras de aflicción, diciéndole: *Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto.*—"Yo soy la resurrección y la vida, replicó Jesús, el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá". Jesús lloraba, por donde vieron cuanto le había amado: dijéronle en dónde le habían puesto y dirigiéndose al sepulcro que era una cueva, la cual tenía puesta encima una piedra, dijo: "Quitad la piedra" é invocando al Sumo Dios su Padre, pidió le oyese para que fuese convertido el pueblo que estaba al rededor; y luego, en alta voz exclamo: *Lázaro, ven fuera.*

Entonces el que había sido muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas; y su rostro estaba envuelto en un sudario. Jesús agregó: *Desatadle y dejadle ir.*

El cuerpo de Jesús

Este cuadro es continuación de los episodios dolorosos de la muerte del Maestro. Los testigos de ella han dejado consignados en los libros Santos los detalles de aquella

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre

el Sello de Garantía

PILDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable.

40, Rue Bonaparte, PARIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio (las **ENFERMEDADES DEL PECHO** más eficaz) las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS** para curar las **BRONQUITIS CRÓNICAS**

L. PAUTAUBERGE, 9bis, Rue Lacuée, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS.

Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

ACRITUD DE LA SANGRE

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL prescrito por los Médicos en los casos de **ENFERMEDADES DE LA PIEL** **Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.**

EL MISMO AL YODURO DE POTASIO **TRATAMIENTO Complementario del ASMA** Soberano en **Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Fiebre tífica, T. tuberculosis.**

102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.

hora suprema, en que la naturaleza misma se estremeció, movióse la tierra, saltaron las piedras, se abrieron los sepulcros y los muertos resucitaron.

Mirando de lejos el suplicio estaban las mujeres galileas. Mateo dice que por la tarde de ese día, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, quien se llegó á Pilatos y le pidió el cuerpo de Jesús, y aquél lo concedió. José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia, lo puso en un sepulcro suyo nuevo, labrado en la roca y revolvió una gran piedra sobre la puerta de este sepulcro. Marcos hace constar que era José Senador noble y que también esperaba el reino de Dios.

Maria recibe el cuerpo de Jesús

El cuarto Evangelio habla de la presencia de la Madre en el Calvario, cuando por concepción de Pilatos fue permitido entregar á José de Arimatea el cuerpo del Redentor.

De aquí que al ser bajado de la Cruz, fuese presentado á la madre inconsolada que mereció llevar en sus entrañas á Aquél que había venido á cumplir la promesa del Eterno, "quebrantando la cabeza de la serpiente".

Los grandes artistas han fijado atención en ese detalle apuntado por Juan, para interpretar el dolor incomparable de la Madre mártir, que, pudiera decirse, ensangrentó junto con su Hijo las vías probáticas por donde fue predicada la buena nueva.

Mater dolorosa

A todos los que van sobre los mares, á todos los que viajan por la tierra, se dirige la Madre del Crucificado, mostrándo-

J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma á S. Pablo N. 22 - Teléfono N. 2159

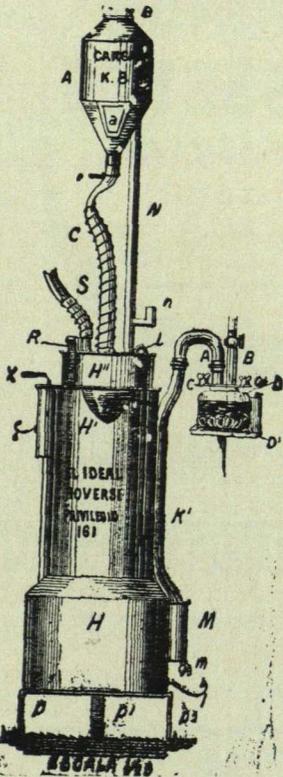
TELEGRAMAS: **ROVERSI - CARACAS**

Departamento Acetileno

Departamento Mármoles

Aparatos sistema Roversi—Carburo de calcio de 7 á 12 el quintal de 100 lbs. según condiciones—Quemadores, Bunsen Hornillas, lámparas, tuberías y accesorios de todas clases, instalaciones completas.—EL IDEAL á cada de carburo en el agua—Privilegio N. 161.

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos—Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela—Ministro de España—General Bello—Baro de Puerto Cabello—Dr. Conde Flores—Dr. Lucavalerio—Ing. M. Pérez—Hotel León de Oro—Familia Rodríguez—Tipografía Vidal—Marroquinería Roversi—Panadería Solís—General Quintero—Dr. Rivero Saldívar—Montemayor, etc.

Más de 30 son los aparatos colorados
Carga de k 1 á k 50 — Valor: de \$ 10 á \$ 250

les la herida de su pecho, para preguntarles: "atended y mirad si hay dolor igual á mi dolor". Invocación pungente y pía, que pertenece al egregio culto que por María ha hecho inmortal y orgullo del sentimiento humano el culto á la mujer". Los hombres aprendieron, amándola—ha dicho nuestro historiador González—esta ignorancia feliz, este instinto que llamamos pudor, y se formó la blanca virtud de la modestia, que el mundo llama honor, y que es la corona de azucenas que adorna y perfuma la frente cándida de la mujer".

Escuadras extranjeras

Reproducimos en nuestras páginas las fotografías de algunas de las naves de guerra extranjeras que en estos últimos meses han

POSTALES

EL COJO ILUSTRADO

Colección artística de tarjetas postales ilustradas con vistas fotográficas de Venezuela: panoramas, monumentos, paisajes, calles, edificios, etc; cuadros de pintores venezolanos, sucesos de actualidad, tipos de raza, etc.

En las impresas hasta hoy hay 50 variantes. y están á la venta al precio de

4 ejemplares por B. 0,50

Precio por mayor (mínimum 100 piezas) á B. 10 el ciento.

Se atienden órdenes por correo, previo el abono de su valor, más B. 0,25 para el franqueo.

maniobrado en las aguas venezolanas. Pertenecen cuatro de ellos á las escuadras imperiales: el *Falke*, *Stosck*, *Gazelle* y *Vineta*; dos á la real italiana: el *Carlos Alberto* y el *Baussen*; uno á los Estados Unidos: el *Marietta*; otro á Holanda: el *Holland*; y otro á la República francesa: el *Troude*.

SECCION RECREATIVA

Número total de temblores

Un profesor alemán ha calculado que el número total de temblores de tierra que ha habido desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, asciende á unos 7.400, de los cuales solo 750 sucedieron antes del año 1500.

Desde principios del siglo XVI hasta fines del siglo XVIII, hubo 2.840 temblores de tierra, ó sea cuatro veces el número de los ocurridos en meses anteriores.

Durante los últimos diez años han ocurrido en Europa 320 terremotos, lo cual da uno por cada nueve días.

A este número hay que agregar el de los acaecidos en África, Asia, América y Oceanía, en donde son aún más frecuentes que en el continente europeo.

CREMA Y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ

DUSSEY, 1, Rue J.-J. Rousseau. PARIS
Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazaros.



VINO NOURRY

YODOTÁNICO
à la vez
Depurativo y Fortificante.

DEBILIDAD GENERAL
ANEMIA
LINFATISMO
ENFERMEDADES del PECHO

El VINO NOURRY reemplaza con ventaja el Aceite de Hígado de Bacalao.

Excita el apetito y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las Mujeres (colores pálidos, épocas dolorosas) y de los Niños (escrófulas, usagres, etc.)

SE VENDE

F. COMAR & FILS EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS
PARIS 619

JARABE AUBERGIER

TOS
CATARROS
BRONQUITIS
INFLUENZA
INSOMNIO

Empleado con mucho éxito en los Niños.

CLIN Y COMAR - PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS. 611

INFLUENZA ★ **RACHITIS**
ANEMIA ★ **CLOROSIS**

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

El más poderoso Regenerador.

Preparado en Fr. en París

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFELICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, T. 2 ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARBOSA, ARROGAS, P. ECOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso.

CAÑDES 5^{ta} 6^{ta} 2^a St-Denis

PÍLDORAS MOUSSETTE

Neuralgias
Jaqueca
Ciática.

CLIN Y COMAR - PARIS
En todas las farmacias. 607

EXIJAN Vds.

las más puras PÍLDORA BLANCA las más activas.

DEHAUT A PARIS impresas en el extranjero.

Las PÍLDORAS DEHAUT

purgativas y D. purativas del Doctor

al comer.

se toman

¡No más Diarrea!

¡No más Regimen!

Las menos COSTOSAS.

Las más activas.

CREME DE LA MECQUE DUSSEY

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA para el cutis ya dañado maculado del marfil.
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Perfumerías, Barberías y Bazaros.

Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito.

Ergotina y Grazeas de ERGOTINA BONJEAN

Remostralico el mas PODEROSO SOLUCION TITULADA Las Grazeas hacen mas facil el labor del parto y detienen las pérdidas.

AMPOLLAS ESTERILIZADAS para Inyecciones Hipodérmicas

Medalla de ORO de la S^{ad} de F^{ia} de Paris.

LABELONYE y C^{ia}, 99, Rue d'Aboukir, PARIS y EN TODAS LAS FARMACIAS.

EXIJASE EL VERDADERO ELIXIR TONICO ANTIFLEUMATICO DEL D^r GUILLIE

Empleado con éxito desde hace más de ochenta años, contra las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebres Palúdicas y Perniciosas, la Disenteria, la Gripe o Influenza, las enfermedades del Cutis, las Lombrias y todas las enfermedades ocasionadas por la Biliis y las Fiemas.

Rechúcese todo antifleumático que no Vene la Firma Paul GAGE

Deposito General, D^r Paul GAGE Hijo, F^{ca} de 1^a cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris y en todas las farmacias

De gran utilidad. — Hé aquí la declaración de uno de los mejores médicos de Caracas, el doctor José Manuel de los Ríos:

«Como profesor en medicina, confieso que hace muchos años prescribo á mis enfermos la Emulsión de Scott, remedio de gran utilidad en todas las manifestaciones de la escrófula, á saber: infartos ganglionales, otorreas, oftalmías crónicas, leucorrea, etc., y en general, en todas las enfermedades que reconocen un estado de depresión del organismo, la tisis en todas sus formas y períodos, raquitismo, etc., siendo inevitables los benéficos resultados que de ordinario se observan con tan valiosa medicina.»

Sueldos de Ministros

En Turquía no cobran igual todos los ministros; pero todos tienen un sueldo considerable, á pesar de ser nada menos que catorce. El que más cobra es el de Marina, que disfruta de un sueldo de 414.000 bolívares anuales, lo que le ha permitido, desde que se dedica á la política, hacer una fortuna calcu-

lada en 60 millones. Su sueldo es superior al del gran visir, que percibe 331.000 bolívares, sueldo semejante al del ministro de la Guerra y al de otros dos ó tres ministros. Los del Interior, de Negocios Extranjeros, de Instrucción pública y de Obras públicas, cobran 220.000 bolívares. El ministro de Hacienda es de los que menos cobran, pues su sueldo es de 193.000 bolívares; pero aún es menor el del de Minas y Bosques, de 138.000.

Para los supersticiosos

Traducimos las siguientes predicciones para 1903: Este año contiene en sus cuatro cifras el terrible 13; basta sumarlas para obtener el pavoroso resultado. Además, el primer trimestre tiene dos viernes 13. Otro viernes 13 caerá en noviembre.

El año pasado no hubo sino uno, en junio. Será, pues, bueno, tomar precauciones contra la mala suerte Hé aquí algunas costumbres populares á ese respecto:

En Bretaña se evita el encuentro de las viejas con la cabeza cubierta de noche, porque son mala sombra.

En Borgoña se trata de poner una limosna en la mano de un pobre antes de que la pida.

En la Champaña es un signo de felicidad romper por casualidad una copa en que nadie haya bebido.

En el Mediodía se considera como un excelente presagio derramar involuntariamente una copa llena de vino.

Y en París, desde tiempo inmemorial, se tiene como muy favorable, para las mujeres, el que sea un hombre el primero que les desee feliz año.